

LAS ÚLTIMAS ACCIONES DE LA MARINA REPUBLICANA DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA DE 1936-1939

II. LOS ÚLTIMOS MESES DEL CONFLICTO Y LA SALIDA FINAL DE LA FLOTA REPUBLICANA DE CARTAGENA Y SU INTERNAMIENTO EN BIZERTA, EN MARZO DE 1939

Manuel Rolandi Sánchez-Solís
y Francisco José Franco Fernández
Investigadores históricos

Recibido: febrero 2017/ aceptado: marzo 2017

RESUMEN

Este segundo artículo, continuación del primero publicado en *Cuadernos Republicanos*, 94, incluye los últimos cambios efectuados en la Marina republicana en enero de 1939, la pérdida de la isla de Menorca, ante la pasividad de la Flota republicana, así como los efectos de la Reunión de Los Llanos de mediados de febrero de 1939 y el posicionamiento pro casadista de la mayor parte de los mandos de la Marina republicana, la repercusión en Cartagena y en la Flota republicana del Golpe de Estado del coronel Casado (sucesos del 3 al 5 de marzo) y la salida final de la flota (5 de marzo) y su internamiento en Bizerta (Túnez francés), dos días después.

PALABRAS CLAVE

Operaciones navales de 1939. Pérdida de Menorca. Sucesos de Cartagena del 3-5 de marzo. Internamiento Flota republicana en Bizerta.

INTRODUCCIÓN

Entre los meses de diciembre de 1938 y marzo de 1939 se vivió la cuarta y última fase de la Guerra Civil española, que terminaría con la

derrota total del Ejército republicano y la consiguiente finalización de la guerra.

Esta fase final de la Guerra Civil española comenzaría con la Campaña de Cataluña (diciembre de 1938-febrero de 1939) y concluiría con el golpe del general Casado en Madrid perpetrado contra el gobierno de Negrín (primeros días de marzo de 1939) y el desmoronamiento final de todos los frentes republicanos y la rápida ocupación del territorio republicano, sin apenas resistencia, por las fuerzas nacionales (últimos días del mes de marzo de 1939). Los últimos envíos de material de guerra soviético (sobre todo aviones para la aviación republicana) no conseguirían llegar a tiempo para evitar la caída de Cataluña y, con ello, la situación de la República se hizo ya totalmente insostenible. Y, a todo ello, se unirían los efectos de los Acuerdos de Múnich de finales de septiembre de 1938, por los que los alemanes aceleraron sus envíos de material de guerra a los nacionales (que fueron los que propiciarían sus rápidas victorias en las campañas del Ebro y de Cataluña), y, por el contrario, la decisión de la URSS de poner fin, definitivamente, a su apoyo a la República española. La guerra estaba militarmente perdida y ya nada podía hacerse para evitarlo, salvo conseguir una paz honrosa o intentar salir del país antes de que las tropas nacionales ocuparan todo el territorio republicano e impusieran la denominada “Paz de Franco”.

Y, durante este difícil y crítico período final de la guerra, la Flota republicana (que todavía conservaba la mayor parte de sus efectivos) permaneció prácticamente inactiva y a la espera de que se produjera el final del conflicto, para cuyo caso la conservación de la mayor parte de sus efectivos todavía podía constituir un argumento de peso en las esperadas negociaciones de capitulación final, o, por el contrario, un último y seguro instrumento para poder llevar a cabo una “evacuación organizada” del mayor número posible de republicanos que quisieran escapar del país en los últimos momentos.

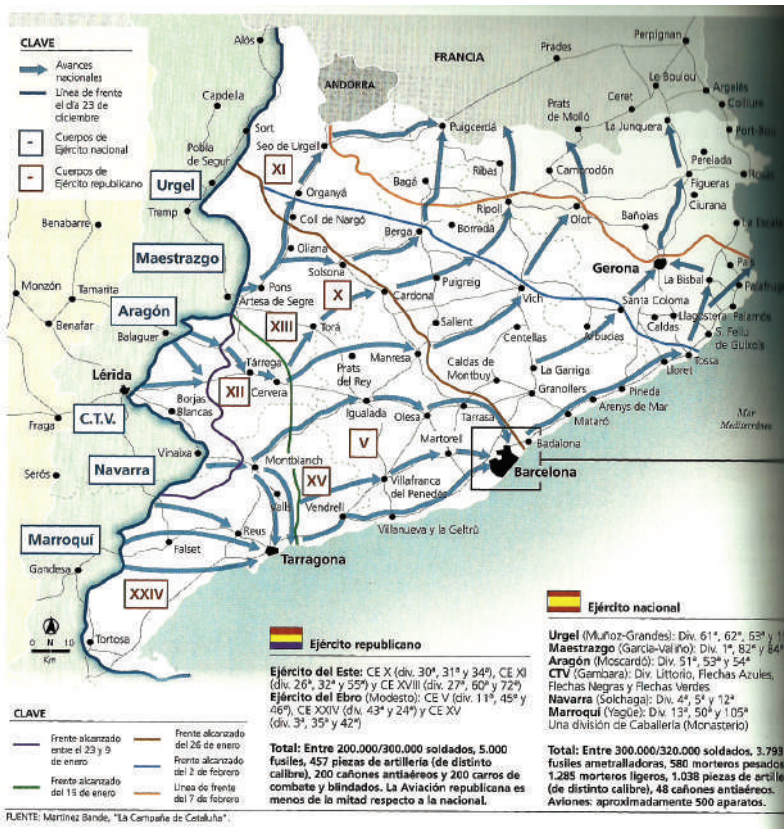


Figura 1: Esquema de la Campaña final de Cataluña (diciembre de 1938 a febrero de 1939), con la que, desde el punto de vista militar, la guerra podía darse por concluida. (Gráficos procedentes de *La Guerra Civil Española mes a mes*. Grupo Unidad Editorial S.A.)

ÚLTIMOS CAMBIOS EN LA MARINA REPUBLICANA

Pero, vayamos a los comienzos del año 1939, para conocer cómo se había llegado a este momento tan crucial y cómo se estaba viviendo, precisamente, dentro de la Marina republicana.

En los primeros días del mes de enero de 1939 el ambiente en Cartagena (base principal de la Marina republicana) y en la flota era de absoluto desánimo y completamente derrotista. Por todos lados se

oía hablar de la necesidad de terminar de una vez por todas con una guerra que ya era imposible de ganar militarmente y la mayor parte de los marinos empezó a pensar en cómo solucionar sus situaciones personales, ya fuera congraciándose con el bando que ya se consideraba irremisiblemente vencedor del conflicto o preparando una huida segura al extranjero, junto con sus familias. Y este ambiente de “final anunciado” lo reflejaría Manuel Ruiz Sierra en su libro *Así empezó todo. Memorias de un marino de la República*, en el que, en su capítulo cuarto dedicado, precisamente, a “1939, el año de la derrota”, comentaría lo siguiente: “Entramos en 1939. El desarrollo de la guerra era cada vez más desastroso, las operaciones navales brillaban por su ausencia. El ambiente era tenso y cargado, se presentía que el triunfo de la nueva España estaba cada vez más cercano.”

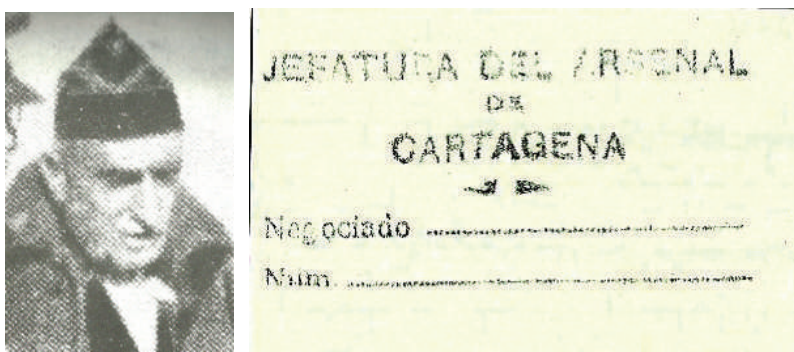
No obstante de este ambiente derrotista y de prácticamente “sálvese quien pueda”, en enero de 1939 el mando naval republicano realizaría todavía unos últimos nombramientos y cambios en su estructura principal, que consistieron en designar nuevamente jefe de la Flota al capitán de corbeta Miguel Buiza Fernández-Palacios (y en sustitución de Luis González Ubieto, que pasó a mandar la isla y la Base de Menorca, con el apoyo del resolutivo Baudilio San Martín, que había sido el último defensor de Málaga ante el avance de las tropas nacionales) y al general de Ingenieros del Ejército Carlos Bernal jefe de la Base Naval Principal de Cartagena (y en sustitución del teniente de navío Antonio Ruiz González, que pasó a desempeñar la Subsecretaría de Marina).

También, y dentro de los citados cambios del mes de enero, se nombraría jefe de Estado Mayor de Marina al capitán de fragata Julián Sánchez Erostarbe (antiguo 2º jefe de este mismo organismo, y en sustitución del capitán de corbeta pro comunista Pedro Prado Mendizábal), subsecretario de Marina a Antonio Ruiz González (anterior jefe de la Base Naval Principal de Cartagena) y jefe de Estado Mayor de la Base Naval de Cartagena al capitán de corbeta pro nacional (y quintacolumnista) Fernando Oliva Llamusi (anteriormente jefe de la 2ª Flotilla de Destruyores durante el combate de Cabo de Palos) y en sustitución del teniente de navío Carlos Esteban Hernández (el cual, y al principio de la Guerra Civil, y todavía con la graduación de alférez de

navío se le había encomendado, ni más ni menos, que la comandancia del acorazado *Jaime I*, el buque más poderoso de la Armada republicana).



Figura 2: El capitán de corbeta Miguel Buiza Fernández-Palacios, nombrado nuevamente Jefe de la Flota republicana, cargo que ya había ejercido anteriormente, así como el de Secretario de Personal del Ministerio de Marina. En esta fotografía puede verse a Miguel Buiza en Cartagena y con la líder comunista y diputada del PCE por Asturias Dolores Ibárruri Gómez (“La Pasionaria”), en una de las visitas que realizó a esta ciudad durante la Guerra Civil



Figuras 3 a 4: A la izquierda, fotografía del general de Ingenieros del Ejército Carlos Bernal, nombrado nuevo jefe de la Base Naval Principal de Cartagena en enero de 1939. Y, a su derecha, membrete de la Jefatura del Arsenal.



Figuras 5 y 6: Dos de los nuevos mandos de la Marina republicana nombrados en enero de 1939: a la izquierda, el capitán de corbeta Antonio Ruiz González, designado nuevo subsecretario de Marina; y a la derecha, el también capitán de corbeta Fernando Oliva Llamusi, nombrado nuevo jefe de Estado Mayor de la Base Naval de Cartagena y reconocido pro nacional y quintacolumnista

Los nuevos nombramientos se completaron, también, con algunos “reajustes de destinos” en las flotillas de destructores, en las que su antiguo jefe, el capitán de corbeta José García Barreiro, pasaría a mandar la 1ª Flotilla, mientras que el teniente de navío Manuel Núñez Rodríguez (también pro nacional) era nombrado jefe de la 2ª Flotilla (anteriormente mandada por Fernando Oliva).

Estos serían, prácticamente, los últimos cambios de mandos importantes que se producirían en la Marina republicana, los cuales tendrían una honda repercusión en Cartagena y en la flota, porque pusieron realmente la base naval y las flotillas de destructores en manos de dos reconocidos partidarios de los nacionales y de liquidar el conflicto bélico lo antes posible, que, a partir de ese momento, facilitaron que dentro de la base se produjeran varias reuniones de jefes y oficiales para conseguir esos objetivos, como quedó reflejado pocas semanas después, en los sucesos del 3 al 5 de marzo.

La Flota estuvo prácticamente inactiva durante todo el mes de enero de 1939, con la excepción de una salida que realizó el miércoles

25 de enero, que constituiría la despedida del capitán de corbeta Luis González Ubieta como jefe de la misma. La salida se realizó en forma de descubierta por la costa mediterránea todavía en poder de los republicanos y con la intención de atraer a la escuadra nacional a la zona para atacarla durante el día, aunque resultó totalmente fallida y apenas veinticuatro horas después regresó a su segura base de Cartagena. Y a esta “inactividad” general de la flota (propiciada por la falta de moral de combate de los marinos republicanos y de combustible y repuestos para sus buques, incluidos los alimentos), se uniría la situación personal del nuevo comandante en jefe de la flota, capitán de corbeta Miguel Buiza (que tomaría posesión de su cargo a principios de febrero), el cual, por aquellos mismos días, se encontraba totalmente consternado por el suicidio en Cartagena de su propia mujer y, al parecer, prácticamente en su presencia.

LA PÉRDIDA DE LA ISLA DE MENORCA ANTE LA PASIVIDAD TOTAL DE LA FLOTA REPUBLICANA

Situación de incomunicación de la isla con la zona republicana tras la pérdida de Cataluña. Primeras conversaciones de rendición con intervención británica

En los primeros días del mes de febrero de 1939, y tras la caída de Cataluña, los Ejércitos republicanos del Ebro y del Este (todavía con cerca de 200.000 efectivos y al mando del general Hernández Saravia), se verían obligados a cruzar la frontera e internarse en territorio francés, junto con el gobierno de Juan Negrín y el propio presidente de la República, Manuel Azaña. La guerra parecía estar ya irremisiblemente perdida, pero, pocos días después, el presidente Negrín regresaba por sorpresa a la zona republicana (ya tan solo limitada a la denominada zona centro-sur) e intentaba continuar con una resistencia numantina, con el único objetivo de alargar la guerra para intentar enlazarla con un previsible conflicto europeo entre Alemania y las potencias democráticas (Francia e Inglaterra), que ya parecía inminente.

Por estos mismos días, y tras la pérdida republicana de Cataluña, la isla de Menorca (la única isla de las Baleares en poder de los republicanos durante toda la Guerra Civil) se encontró prácticamente

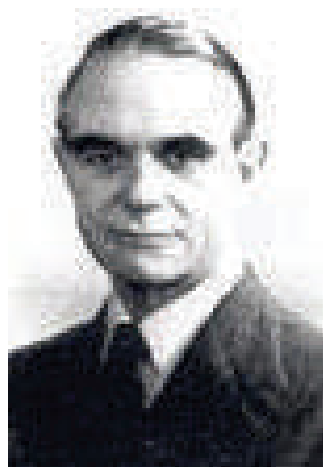
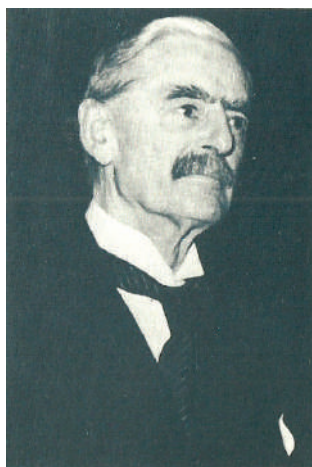
aislada y sin apenas ningún tipo de contacto, ni de llegada de refuerzos, o de ayuda desde la zona centro-sur republicana. Perdida Barcelona el jueves 26 de enero (desde cuyo puerto se realizaban todos los envíos habituales de material y de refuerzos a la isla de Menorca) la situación en la isla se hizo ya totalmente insostenible, a pesar de contar con unas importantes defensas costeras y antiaéreas (algunas de ellas con potentes cañones Vickers de 38,1 cm, similares a los de las baterías de costa de Cartagena, y con alcances de 35 km, instalados en las fortalezas de La Mola y de Llucalary y en otros puntos del litoral costero), que hacían muy difícil un desembarco nacional en la isla.



Figura 7: Fotografía de una batería de costa con las potentes piezas Vickers de 38,1 cm y 45 calibres, que lanzaban proyectiles de 885 kg, con un alcance máximo de 35,1 kilómetros

Con la situación de la guerra muy favorable a los nacionales, su mando militar creyó que podía ser el momento oportuno para intentar utilizar la vía de la negociación para rendir la isla de Menorca, sin que fuera necesario ensayar una operación de desembarco de tropas, que sin duda hubiera ocasionado muchas pérdidas de vidas y de material. Y a esta circunstancia se uniría el temor de los gobiernos de Gran Bretaña y de Francia de que la presencia italiana y alemana en el conflicto español pudiera extenderse a la isla de Menorca, en cuyo archipiélago (y sobre todo en Mallorca) las fuerzas navales y aéreas italianas actuaban con mucha frecuencia. Este recelo a que Mussolini intentara hacer realidad su pretendido “Mare Nostrum” bajo dominio fascista, con extensión a

las Baleares, animó al gobierno británico (presidido en esos momentos, y desde mayo de 1937 a mayo de 1940, por el primer ministro del Partido Conservador Arthur Neville Chamberlain) a enviar instrucciones a su cónsul en Palma de Mallorca (capitán de corbeta de la Royal Navy en situación de retiro Allan Hug Hillgarth) para que se pusiera en contacto con las autoridades nacionales locales e intentaran diseñar un plan negociado de rendición de la isla de Menorca, que evitara una posible intervención italiana.



Figuras 8 y 9: A la izquierda, Arthur Neville Chamberlain (1869-1940), primer ministro británico entre mayo de 1937 y mayo de 1940. Y, a la derecha, Alan Hug Hillgarth (1899-1978), capitán de corbeta de la Royal Navy retirado y cónsul británico en las Islas Baleares durante la Guerra Civil española, que participó activamente en las negociaciones de rendición de la isla de Menorca en febrero de 1939. Años después, y durante la II Guerra Mundial, Hillgarth sería nombrado agregado a la Embajada británica en Madrid (como coordinador del Servicio Secreto), desde cuyo cargo colaboraría en diferentes operaciones de espionaje

Mientras tanto, en el bando republicano, el gobierno trasladó a Barcelona en los últimos días del mes de enero (y ya a punto de caer esta ciudad en manos de los nacionales) al comandante militar de Menorca, coronel José Brandaris (ascendido a general por esos mismos días), que fue sustituido, provisionalmente, por el coronel de Estado Mayor Fernando Redondo, mientras llegaba a la isla el designado nuevo comandante militar de la isla, capitán de corbeta (ascendido a

vicealmirante) Luis González de Ubieta, que, finalmente, llegaría a Mahón en la noche del sábado 4 de febrero, y desde Cartagena, a bordo del destructor *Almirante Miranda* (al mando del teniente de navío David Gasca Aznar) y con el destructor *Gravina* (al mando del teniente de navío José Ruiz Ahumada) como escolta. Ese mismo día, la aviación nacional sobrevoló la isla y arrojó miles de octavillas animando a sus defensores a rendirse, ofreciéndoles cinco días para hacerlo de forma pacífica, aunque con la amenaza de que “si no os rendís seremos inexorables; al finalizar el quinto día, decenas de aparatos volarán continuamente sobre la isla, demoliendo y destruyendo todo”.

Esta situación surgía como resultado del plan británico tramado pocos días antes, que incluyó el contacto con el jefe de la Región Aérea de Baleares de los nacionales, capitán de fragata de la Aviación Naval Fernando Sartorius Díaz de Mendoza (conde de San Luis), el cual, tras realizar consultas con su superior, el general Alfredo Kindelán (jefe supremo de la Aviación nacional) y con el propio general Franco (que lo aprobó, en última instancia, a finales del mes de enero), se comprometió a trasladarse a Mahón en los siguientes y en un buque de guerra británico, para iniciar las negociaciones directamente con los mandos republicanos, a los que se ofrecería que aceptaran rendir la isla, a cambio de que las autoridades civiles y militares republicanas pudieran abandonarla bajo la segura protección de la Marina británica.

En la misma tarde del 4 de agosto, Hillgarth y Sartorius se reunieron en el consulado británico de Palma, donde terminaron de diseñar el plan de las negociaciones y Hillgarth recibiría las garantías del mando nacional de que en ningún caso permitirían que en la isla de Menorca se instalaran fuerzas italianas. Estos compromisos del mando nacional, unidos al hecho de que el gobierno republicano había abandonado el país (por la frontera francesa), sin conocerse todavía sus intenciones de regresar a su territorio de control, limitado ya a la zona centro-sur, terminaría de convencer a los británicos de la conveniencia de llevar a cabo el plan planteado lo más rápidamente posible, a pesar de que, en aquellos momentos, su gobierno todavía continuaba reconociendo oficialmente al gobierno de la República española y no al de Franco.



Figuras 10 y 11: A la izquierda, el capitán de corbeta Luis González Ubieta, nombrado en enero de 1939 nuevo gobernador republicano de la isla de Menorca y Jefe de su Base Naval. Y, a la derecha, el general Alfredo Kindelán Duany (1879-1962), jefe supremo de la Aviación nacional (denominada, por aquellos años, “Servicios del Aire”)

El crucero británico *Devonshire* lleva a Mahón al capitán de fragata Fernando Sartorius y comienzan las negociaciones de rendición de la isla

Tomada la decisión británica de poner en marcha la operación, a las nueve de la mañana del martes 7 de febrero llegaba al puerto de Mahón el crucero pesado de la Royal Navy *Devonshire* (al mando del capitán de navío Muirhead-Gould) con Fernando Sartorius a bordo, y cuando el nuevo gobernador republicano de la isla, el capitán de corbeta Luis González de Ubieta (anteriormente jefe de la Flota republicana) y su segundo en el mando, Baudilio San Martín, subieron a bordo del crucero británico (hacia las 13:00 horas de la mañana) a devolver la “visita de cortesía” al comandante del buque (realizada hora y media antes), este les convenció de la oportunidad que tenían de reunirse, en un terreno neutral, como era el crucero británico, con el enviado del gobierno nacional que había venido en él y escuchar sus propuestas de negociación.

Las primeras conversaciones (que se llevaron a cabo en la misma tarde del día 7 y en la cámara del comandante británico) fueron en privado y con asistencia únicamente de Sartorius y de González de Ubieta, ambos oficiales de la Armada española (aunque alguna otra versión indica que también asistieron el funcionario de enlace con la Comisión Chetwode para el canje de prisioneros, Denys Cowan, y dos intérpretes), y en ellas Sartorius expondría a González de Ubieta la difícil situación de aislamiento y de abandono en la que se encontraba en aquellos momentos la guarnición militar de Menorca (después de que Barcelona y toda Cataluña estuviera ya en poder de los nacionales y sin posibilidad de enviarles ningún tipo de ayuda, además de que todo el gobierno republicano ya se había refugiado en Francia), remarcándole la generosa oferta de entrega de la isla a cambio de garantizar una segura y digna evacuación (en buques británicos) de todos los mandos republicanos que así quisieran hacerlo. Pero, junto con su bienintencionada oferta, Sartorius le lanzó también la amenaza de que si no se aceptaban sus propuestas en un corto plazo de tiempo, se desencadenaría un “devastador bombardeo” sobre la isla, seguido de un desembarco de tropas y de las consiguientes represalias sobre todos los mandos republicanos.



Figura 12: crucero pesado de la Royal Navy *HMS Exeter*, similar al *HMS Devonshire*, el cual, al mando del capitán de navío Muirhead-Gould trasportaría a Mahón, el martes 7 de febrero de 1939, al jefe de la Región Aérea de Baleares de los nacionales, capitán de fragata de la Aviación Naval Fernando Sartorius Díaz de Mendoza (conde de San Luis), con el objeto de iniciar las negociaciones de rendición de la isla de Menorca

González de Ubieta le contestó que no podía rendir la isla, mientras no recibiera órdenes concretas de su gobierno (o de sus mandos superiores) en ese sentido, por lo que regresó a la Comandancia de Mahón, desde donde intentó contactar, aunque sin éxito, con el gobierno de Negrín y su Estado Mayor (en esos momentos ya camino de Francia) y con el general José Miaja (jefe supremo del Ejército), por lo que, acto seguido, decidió consultar con el jefe de la Flota en Cartagena, capitán de corbeta Miguel Buiza, quien a primeras horas del miércoles 8 le contestó de una manera muy ambigua mediante un telegrama (comunicado nº 061-1.254 C, conservado en el Servicio Histórico del Estado Mayor de la Armada) en el que le indicaba que él tampoco tenía noticias, ni órdenes concretas del gobierno y que, por tanto, él “sabr  resolverlo con su probada hombría y lealtad”.

La sublevación de varias guarniciones acelera la rendición final de la isla. Salida de los refugiados a bordo de unidades navales británicas

Ante la falta de órdenes superiores y de posibles apoyos desde el mando republicano peninsular y, sobre todo, de la Flota, González de Ubieta decidió rendir la isla, con la condición de que a los mandos republicanos más comprometidos se les garantizara su segura evacuación en buques británicos. Pero, mientras las conversaciones quedaban aplazadas durante unas horas a la espera de que todavía pudieran recibirse nuevas noticias desde Madrid, Valencia o Cartagena, en la misma noche del 7 al 8 los “quintacolumnistas” locales sublevaban en favor de los nacionales a varias guarniciones militares de la isla (como Ciudadela, situada en el otro extremo de la isla de Menorca y puesta al mando del comandante Juan Thomas, y Ferrerías y San Cristóbal, al mando del comandante Pons), consiguiendo reunir tres batallones que rápidamente conectaron el cable submarino de comunicaciones con la isla de Mallorca para ponerse a las órdenes del bando nacional.



Figuras 13 y 14: Arriba, esquemas de las operaciones ocurridas en la isla de Menorca durante los primeros días de febrero de 1939. Y, abajo, marineros destinados en la Base Naval de Mahón durante la Guerra Civil. (Documentación gráfica procedente del libro *La Guerra Civil Española mes a mes: Febrero de 1939*. Grupo Unidad Editorial S.A.)

Otro hecho que también aceleraría la decisión de los mandos republicanos de evacuar la isla lo antes posible sería el bombardeo aéreo de distintas posiciones de la isla, llevado a cabo por tres aviones italianos en la tarde del miércoles 8 (que actuaron por su cuenta y sin órdenes en ese sentido del mando nacional, y que produjo tres muertos, diez heridos y numerosos daños). Sartorius (precisamente jefe de la Región Aérea de Baleares) protestó inmediatamente a sus superiores por este desafortunado bombardeo (que incumplía los compromisos adquiridos con los británicos, y que, incluso, podía echar por tierra los

acuerdos de rendición que ya estaban muy avanzados). Y las protestas de Sartorius surtieron efecto, porque el almirante Francisco Moreno Fernández (jefe de la Flota nacional) intervendría personalmente ante el gobierno de Franco para que se suspendieran inmediatamente los bombardeos aéreos sobre la isla, consiguiendo que se aprobara rápidamente su reclamación, incluida la destitución del jefe italiano responsable de haberlos realizado.

En cualquier caso, todo apuntaba en favor de la rendición y la entrega final de la isla. Mientras se producía el bombardeo aéreo italiano, González de Ubieta estaba precisamente a bordo del crucero británico reiniciando las conversaciones de rendición, por lo que se vio obligado a regresar rápidamente a tierra y a la Comandancia Militar, para dar la orden al coronel Redondo (su segundo en el mando de la comandancia) de sofocar la rebelión militar de las guarniciones del oeste y centro de la isla. González de Ubieta intentó, hasta el último momento, mantener la obediencia y la lealtad al gobierno de la República (ya casi inexistente), aunque manteniendo una puerta abierta a las negociaciones de evacuación, de las que intentaría que no trascendieran a la población, para evitar el pánico del “¡sálvese quien pueda!”, como así terminaría ocurriendo. Pero, obviamente era muy difícil mantener ocultas unas negociaciones que eran ya un secreto a voces, y, mientras González de Ubieta regresaba a bordo del crucero *Devonshire*, el pánico se apoderaba de la ciudad de Mahón. Nadie quería quedar atrapado en la isla en el último momento y cientos de republicanos acudieron rápidamente a la Comandancia Militar en búsqueda de pasaportes y de una plaza en los buques británicos. Tuvo que prohibirse la entrada de personal no militar en la Comandancia, lo que derivaría en que varios destacados dirigentes políticos y militares de la isla (como el delegado del gobierno republicano, el jefe de la base naval y varios dirigentes del Frente Popular) comenzaran a negociar su evacuación directamente con el delegado nacional Sartorius.

Mientras tanto, una columna militar fiel al República, y al mando del comandante de Infantería Jaime Palou, salió de Mahón y se concentró en Mercadal (en el centro de la isla), llegando, casi sin oposición, a las proximidades de Ferrerías y San Cristóbal, aunque evitando los enfrentamientos armados con los sublevados, que tampoco respondieron, ni se opusieron a su avance. A partir de ese momento, se

estancaría un frente dentro de la isla que ya no se movería, porque no lo requirieron los acontecimientos de las siguientes horas.

En Mahón, Sartorius fue informado de la rebelión de las guarniciones del oeste y del centro de la isla, así como del avance de las tropas leales al gobierno, por lo que exigió a González de Ubieta la detención de su columna y la inmediata puesta en libertad de los presos nacionales que existieran en las cárceles de la isla, mientras un hidroavión He-59 de la Base Aérea de Mallorca (con el comandante Noreña, hermano del comandante Thomás, y unos pocos soldados a bordo) consiguió amerizar en Ciadadela y socorrer a los sublevados, que a las pocas horas recibieron nuevos refuerzos (unos 50 soldados de aviación) transportados a bordo de tres lanchas torpederas (al mando del teniente de navío Urzaiz) y un nuevo hidroavión (al mando del teniente de aviación Trapa).

Pero los refuerzos recibidos por los sublevados de Ciadadela ya no tendrían necesidad de intervenir, porque los mandos republicanos de la isla ya estaban totalmente convencidos de que toda resistencia armada resultaba inútil, por lo que González de Ubieta decidió permanecer a bordo del crucero británico (al que incluso hizo llevar a su esposa y sus pertenencias personales). Algo parecido hizo la mayor parte de los mandos de la isla, y durante la noche del miércoles 8 de febrero se organizaba la rápida evacuación de los mayores implicados, 452 de los cuales embarcaron a bordo del crucero británico (que, en principio, contaba con que el número de evacuados no pasaría de los 40), mientras que otros 70 lo hicieron en otra unidad menor, también de la Marina británica. Finalmente, otros 77 refugiados conseguirían también embarcar en el velero de 247 toneladas *Carmen Picó* y dirigirse a Argel, al igual que algunos pocos más en otras embarcaciones menores. Pero, a pesar de los poco más de seis centenares de personas que lograron medios de evacuación, otros muchos no conseguirían llegar a tiempo y quedarían en tierra, y entre ellos los integrantes de la columna enviada a reprimir a los sublevados, los cuales, al enterarse de los embarques que se estaban produciendo en Mahón, huyeron en desbandada intentando encontrar una plaza en alguno de los pocos buques disponibles, que ya no lograrían. Muchos de ellos serían finalmente apresados por los nacionales y represaliados, entre ellos 176 que serían fusilados durante los siguientes meses.

Unas horas después, hacia las 5 de la madrugada del jueves 9 de febrero, el crucero *Devonshire* zarpaba de Mahón con rumbo al puerto francés de Marsella, donde, pocas horas más tarde, desembarcaba a todos los refugiados, mientras que el negociador Fernando Sartorius regresaba a Palma de Mallorca a bordo de un destructor británico.

También, y durante el mismo jueves 9 de febrero de 1939, toda la isla de Menorca era ocupada por los sublevados, haciéndose cargo, provisionalmente, de su Comandancia Militar el coronel retirado Alfonso Useletti, quien rápidamente ordenó la liberación de todos los presos políticos pro nacionales y se encargó del mantenimiento del orden hasta la llegada de las nuevas autoridades nacionales. Horas después, llegaba a Mahón un hidroavión He-60 procedente de la Base de Mallorca con algunos refuerzos de tropas, así como un convoy desde Barcelona con efectivos de la 105 División (al mando del coronel Natalio López Bravo). La guerra en Menorca podía darse por finalizada.

Finalmente, y pocos días después, el representante del general Franco en Londres (el Duque de Alba) hacía llegar al secretario del Foreign Office, Lord Halifax, “la gratitud del Generalísimo y del gobierno nacional” por la colaboración británica en la “reconquista de Menorca”. Aunque este hecho traería también algunos problemas al propio gobierno de Chamberlain, que sufriría las críticas de los diputados de la oposición en las Cámaras de los Lores y de los Comunes, que, no obstante, se vieron apaciguadas al comprobarse el importante número de personas que se habían conseguido finalmente evacuar y conocerse la noticia de que el responsable italiano de los bombardeos había sido cesado en su mando, con el consiguiente “enfriamiento” de las relaciones entre los nacionales y los italianos, y la pérdida de influencia de éstos, que era lo que verdaderamente preocupaba a los británicos. Y, a pesar de sus críticas iniciales, esta evacuación de los refugiados de Menorca terminaría sirviendo de modelo para las posteriores y dramáticas evacuaciones realizadas, apenas un mes y medio más tarde, en los puertos de Gandía, Valencia y Alicante, durante los últimos días de la guerra.



Figuras 15 y 16: Arriba, Lord Halifax, primer conde de Halifax y Secretario del Foreign Office (Ministerio de Asuntos Exteriores británico) entre febrero de 1938 y diciembre de 1940. Anteriormente había ejercido los cargos de Virrey de la India (1926-1931) y de Secretario de Estado de Guerra (1935). Y, abajo, portada del periódico *La Armada*, de fecha 25 de febrero de 1939, denunciando la “vergüenza” que había supuesto la rendición de la isla de Menorca

En cuanto al comandante militar de la isla, capitán de corbeta Luis González de Ubieta, y tras llegar a Marsella a bordo del *Devonshire*, se trasladaría a la capital París, donde residió hasta que se produjo la invasión alemana de Francia (en mayo-junio de 1940), en que emigraría inicialmente a México y, posteriormente, a Venezuela. Trabajó muchos años como capitán de la Marina Mercante de varios países, y moriría,

en diciembre de 1950, a bordo de un buque mercante de bandera panameña (el *Chiriquí*), que no quiso abandonar, tras naufragar en la desembocadura del río Magdalena (Colombia).

LA REUNIÓN DE LOS LLANOS Y EL POSICIONAMIENTO DE LOS MANDOS DE LA MARINA REPUBLICANA

Pocos días después de consumarse la pérdida de Menorca, el jueves 16 de febrero de 1939 (según la documentación del Servicio Histórico Militar, Cuartel General del Generalísimo, Legajo 277, aunque otras versiones la sitúan en el 13, e incluso en el 26 y el 27) se celebraba en el Aeródromo de Los Llanos (Albacete), un consejo de guerra presidido por el presidente del gobierno, Juan Negrín (regresado desde Francia a la zona centro-sur republicana escasos días antes, concretamente el viernes día 10), al que asistieron los altos mandos del Ejército y de la Marina de la República todavía operativos en aquellos momentos, como fueron los casos de los generales José Miaja (jefe supremo del Ejército), Manuel Matallana (jefe de los Ejércitos de la Región Central), Leopoldo Menéndez (jefe del Ejército de Levante), Antonio Escobar (general de la Guardia Civil y jefe del Ejército de Extremadura), Carlos Bernal (general de Ingenieros y jefe de la Base Naval de Cartagena), y el capitán de corbeta Miguel Buiza (ascendido interinamente a vicealmirante y jefe de la Flota republicana), así como de los coroneles Segismundo Casado (que, pocos días después, sería ascendido a general, y que, en ese momento, era el jefe de las Fuerzas del Sector de Madrid), Domingo Moriones (jefe del Ejército de Andalucía) y Antonio Camacho (jefe de la Zona Aérea Centro-Sur). Se trataba de una reunión en la que se había contado con los principales mandos militares profesionales de la República (la mayor parte de ellos, salvo Escobar y Moriones, implicados ya, por esas fechas, y en mayor o menor medida, con la conspiración de Casado en preparación), aunque de la que se había excluido, y de forma intencionada, a los mandos considerados claramente de inclinación comunista, como fueron los casos del jefe de la Aviación, Ignacio Hidalgo de Cisneros, o de los altos mandos del Comisariado Político de los diferentes ejércitos.



Figuras 17 a 19: Arriba, el presidente del gobierno Juan Negrín (en la foto de la izquierda) y los generales José Miaja y Segismundo Casado (derecha). Y, abajo, los generales José Miaja y Manuel Matallana, junto con otros militares y Valentín González, “El Campesino” (a la izquierda)

En este consejo, el presidente Negrín transmitió a los convocados el mensaje de que la situación de la guerra era verdaderamente desesperada, debido al bloqueo de la entrada de nuevo material de guerra desde Francia y la URSS, así como de la negativa de las distintas gestiones realizadas ante los gobiernos de Francia y de Gran Bretaña para que intervinieran en la búsqueda de una paz negociada. Por todo ello, proponía abiertamente, su decisión de “apurar la resistencia hasta el final” y con todas las consecuencias, como única manera de intentar conseguir una paz con ciertas garantías de ausencia de represalias para los vencidos.

La propuesta del presidente Negrín de alargar la guerra contaría con la opinión en contra de la mayor parte de los asistentes (y, en especial, de Matallana, Casado y Buiza), que argumentaron que esta era ya imposible desde el punto de vista militar (al carecerse de todos los medios necesarios y de la moral de combate que se requería), y que lo único que se conseguiría sería aumentar el número de bajas y una mayor destrucción de lo poco que ya quedaba. También, otros asistentes a la reunión expusieron su negativa a continuar con el conflicto, como serían los casos del jefe de la Zona Aérea Centro-Sur, Antonio Camacho, que argumentó que la aviación republicana ya no tenía capacidad para enfrentarse a la de sus oponentes, y del jefe de la Base Naval Principal de Cartagena, general Carlos Bernal, que advirtió de posibles desórdenes que podrían producirse en Cartagena llevados a cabo por los múltiples quintacolumnistas locales (como realmente así ocurriría pocos días después). Aunque, quizás, el más contundente de todos sería el jefe de la flota, Miguel Buiza, quien expuso claramente la necesidad de negociar la paz, alegando, entre otras cosas, que la reciente pérdida de Mahón dejaba prácticamente a la base naval de Cartagena como único refugio de la Flota republicana, remarcando el peligro que ello suponía, por estar sometida a constantes bombardeos aéreos, que inevitablemente terminarían inutilizando o hundiendo muchas de sus unidades. Buiza finalizó recomendando a Negrín que entregara sus poderes a una junta militar, que fuera la que se encargara ya de negociar una paz lo más rápida y digna posible con el gobierno de Franco, porque, de no llegarse a un rápido acuerdo, corrían fundados rumores de que a principios del mes de marzo la mayor parte de la oficialidad de la flota tenía planeado sacar a sus buques de Cartagena e internarlos en algún puerto extranjero. Negrín le respondió que su obligación era fusilar a los oficiales que se vieran implicados en tales proyectos, a lo que Buiza le contestó que así era, pero que no lo haría, porque él estaba también de acuerdo con dicha solución.



Figura 20: El jefe de la Flota republicana, capitán de corbeta Miguel Buiza (en el centro de la fotografía y tocado con boina negra) en el año 1947 en Orán, junto con otros compañeros de exilio

De todos los reunidos, solamente Miaja, Menéndez, Escobar y Moriones fueron los únicos que estuvieron algo optimistas y todavía favorables a alargar el conflicto, asegurando que sus respectivos ejércitos aún tenían capacidad para resistir durante algunos meses más, aunque reconociendo que probablemente su sacrificio serviría ya para muy poco, dada la abrumadora diferencia de fuerzas existente con el Ejército nacional, que ya estaba preparando su ofensiva final.

Tras la reunión de Los Llanos, el presidente Negrín fue ya totalmente consciente de que la mayor parte de los mandos militares todavía fieles a la República eran ya firmes partidarios de no alargar por más tiempo la guerra y que le habían transmitido un claro mensaje, a modo de ultimátum, de que tenía que negociar la paz lo más rápidamente posible, antes de exponerse a una insurrección militar interna (que podía incluir su destitución y arresto por parte de los jefes militares, como en algún momento llegó a temer). También saldría de esa reunión con las ideas muy claras el coronel Segismundo Casado, decidido ya, definitivamente, a continuar con la conspiración que ya tenía en marcha desde varias semanas antes.

Y otro aspecto también muy significativo de la reunión de Los Llanos sería la decidida actitud del jefe de la Flota, Miguel Buiza,

quien en aquellos momentos estaba viviendo, además, un duro drama personal, como era el del suicidio en Cartagena, pocos días antes, de su propia mujer, embarazada de pocos meses y que estaba sufriendo una profunda depresión. Buiza defendió abiertamente su opinión, que coincidía totalmente con la de la mayor parte de los mandos de la flota, que veían, junto con la falta de medios y de moral de combate, como miles de políticos republicanos se afanaban por procurarse pasaportes y salvoconductos para ellos y sus familiares, con la intención de conseguir salir del país en los últimos momentos, mientras que a ellos se les pedía el esfuerzo de seguir resistiendo hasta el final. Era evidente que todo estaba ya perdido y que la resistencia era ya pura propaganda destinada a facilitar la huida de tan solo unos pocos. Y esta situación de cansancio y de desmoralización de los mandos navales era realmente preocupante, porque la Flota constituía uno de los últimos recursos para poder garantizar las posibles evacuaciones masivas desde los puertos mediterráneos, así como de elemento de presión en unas previsibles negociaciones con los nacionales.

Y, a este desánimo general de los principales mandos del Ejército republicano, se uniría un decisivo hecho, que terminaría por hundir las escasas esperanzas de continuar con la resistencia, como sería el reconocimiento (el lunes 27 de febrero) del gobierno del general Franco por parte de Francia y Gran Bretaña, dos de los principales valedores del gobierno de la República, al que seguiría la inmediata dimisión de Azaña como presidente de la República. Vencida militarmente en todos los frentes, sin apenas capacidad de resistencia, y sin ayuda internacional (con la única salvedad de la Unión Soviética y de México), a la República no le quedaba otra salida que la rendición y la negociación de una paz, que todavía se pensaba que podría ser razonablemente honrosa.

LA TENSA SITUACIÓN DE LA FLOTA REPUBLICANA DURANTE EL MES DE FEBRERO DE 1939

Pocos días antes de la reunión de Los Llanos, concretamente el jueves 9 de febrero, el jefe de la Flota, Miguel Buiza, se reunió en Cartagena con el estado Mayor de la Flota y con los jefes de las flotillas de destructores, para anunciarles que iba a asistir a una próxima reunión con el presidente Negrín y los altos mandos del Ejército republicano. Y fue precisamente

en esta reunión donde muchos de los mandos de la flota le transmitieron a Buiza su deseo de que la guerra debía acabar lo más rápidamente posible, ante la imposibilidad de mantenerse mucho tiempo fondeados en Cartagena bajo los continuos bombardeos de la aviación franquista (unos veinte, en los últimos tres meses) y con escaso combustible para protegerse fuera de la rada. Muchos de ellos amenazaron con llevar sus unidades a puertos extranjeros si no se daba fin al conflicto en pocos días y antes de que todos quedaran irremisiblemente copados en Cartagena y ya sin posibilidades de salir.

Por aquellos días, la situación en Cartagena era ya realmente tensa y complicada, y especialmente dentro de la Marina, donde los quintacolumnistas y partidarios del bando nacional habían tomado mucha fuerza tras los últimos nombramientos del pasado mes de enero, en los que la base naval y las flotillas de destructores se habían puesto prácticamente en manos de reconocidos partidarios de los nacionales, como eran los casos del general de Ingenieros del Ejército Carlos Bernal (jefe de la Base Naval Principal) y de su jefe de Estado Mayor, el capitán de corbeta (y quintacolumnista) Fernando Oliva Llamusi, así como de los jefes de las dos flotillas de destructores, el capitán de corbeta José García Barreiro (jefe de 1ª Flotilla) y el teniente de navío Manuel Núñez Rodríguez (jefe de la 2ª Flotilla). Y a ellos se unía la mayor parte de los mandos de las principales unidades, como el capitán de corbeta Luis Abarzuza Pacheco (comandante del destructor *Jorge Juan*), los tenientes de navío Gregorio Gómez Meroño (jefe del Estado Mayor de las flotillas de destructores), Eduardo Armada Sabau (comandante del crucero *Libertad*), Federico Vidal de Cubas (comandante del destructor *Lepanto*), Luis Núñez de Castro Mínguez (comandante del destructor *Escaño*) y José Ruiz Ahumada (comandante del destructor *Gravina*). Todos ellos mantenían una clara actitud “derrotista” y “entreguista”, colaborando directa o indirectamente con los quintacolumnistas locales, sin que apenas sufriesen ninguna medida disciplinaria, con la salvedad de la del teniente de navío José Ruiz Ahumada, como se comentará más adelante.

Manuel Ruiz Sierra, hijo del citado teniente de navío José Ruiz Ahumada, en su obra *Así empezó todo: Memorias de un marino de la República*, comentó que “En aquellos días la situación se iba haciendo cada hora más pesimista para los que aún creían en la República y cada

vez más confiada para los que soñábamos con la paz (...). La situación bélica dejaba mucho que desear y se masticaba el desastre. Buiza se dedicó a ordenar constantes ejercicios de adiestramiento muy lejanos de una verdadera acometividad bélica”.

Por esos mismos días, el SIM (Servicio de Información Militar republicano) ya había detectado cierta “actividad subversiva” en Cartagena, entre la que destacaban varios marinos y mandos del Ejército. Y para intentar anularla y “elevar el espíritu” de los combatientes de la flota, el presidente Negrín enviaría a Cartagena a una comisión de varios ministros de su gobierno (Ramón González Peña –de Justicia-, Segundo Blanco González –de Instrucción Pública y Sanidad- y Tomás Bilbao Hospitalet –ministro sin cartera y dirigente del Partido Acción Nacionalista Vasca), que se reunió con el jefe de la Flota, capitán de corbeta Miguel Buiza, y con el comisario jefe de la misma, Bruno Alonso y escucharon de estos sus protestas por el lamentable escándalo que estaba suponiendo la entrega de pasaportes y salvoconductos a multitud de políticos, mientras que la flota seguía soportando, estoicamente y casi a diario, los bombardeos de la aviación enemiga. Por esta razón, consideraban que ellos eran de los pocos que podían hablar de “valor y de heroísmo”, y no los ministros de un gobierno de los que muchos de sus miembros todavía no habían regresado de Francia. Sin mucho que más que argumentar, González Peña se dirigiría a continuación a la dotación del crucero *Miguel de Cervantes*, formada en cubierta, a la que, “(...) con palabras temblorosas y no adecuadas para elevar el espíritu de los marinos (...)”, les habló “de la caballeridad de la Armada, exaltando sus tradicionales virtudes y heroísmo”.

También, por estos mismos días (primera quincena de febrero de 1939), se produciría al menos una acción represora concreta contra alguno de los mandos de la flota (de la que, al menos, se tenga constancia documentada), como fue el caso del teniente de navío José Ruiz Ahumada (comandante del destructor *Gravina*), que, desde hacía algún tiempo, estaba siendo vigilado “muy de cerca” por el SIM. El citado oficial sería detenido y enviado a una checa en Murcia, donde sería sometido a duros interrogatorios para intentar obtener información sobre los supuestos complots que se estaban preparando en la flota y en la base naval, de los que el gobierno tenía ya conocimiento. Ruiz Ahumada se mantuvo firme y “calló absolutamente cuanto sabía, que

era mucho, y no les dio ni una sola pista de aquello”. Enterado el jefe de la flota, Buiza, de esta detención (de la que no se le había informado, ni solicitado autorización previa), “organizó tal trifulca reclamando que se pusiera en libertad inmediatamente, que en menos de dos horas ya estaba otra vez en el Gravina”.



*Por disposición del Sr. Jefe de las Flotillas
de Destroctores,*

seberca como Comandante efectivo del destructor
"GRAVINA", con la Habilitación total de Capitán de
Fragata en cumplimiento a O.M.T. de 6 del actual el
siguiente:

TENIENTE DE NAVIO.
Don JOSE RUIZ DE AHUMADA.

Cartagena 9 de diciembre de 1.938

El Jefe de Estado Mayor *[Signature]*
P. E.

[Signature]
José Martínez Mentero.

Figuras 21 y 22: Arriba, fotografía en Cartagena, y en abril de 1935, del teniente de navío José Ruiz de Ahumada. Y, abajo, nombramiento del citado teniente de navío como comandante del destructor Gravina, con “habilitación de capitán de fragata”, de fecha 9 de diciembre de 1938 (fuente Documental: Manuel Ruiz Sierra, *Así empezó todo: Memorias de un marino de la República*)

Y la situación de derrotismo y de intranquilidad todavía fue mucho mayor cuando Buiza regresó de la ya comentada reunión de Los Llanos e informó a los mandos de la flota de todo lo hablado en ella y de sus exigencias al presidente Negrín. A partir de ese momento (y ya en la segunda quincena de febrero de 1939), las noticias sobre un posible final próximo de la guerra y la actitud a su favor del mismo jefe de la flota, se corrieron por Cartagena y por la base naval y las unidades de la Armada “como un reguero de pólvora”, aumentando el número de contactos y de reuniones entre los que estaban comprometidos con esos mismos fines (aunque por distintas vías), entre los que se encontraban, como ya se ha comentado anteriormente, Fernando Oliva, Luis Núñez de Castro, Gregorio Gómez Meroño y el capitán de la Marina Mercante Francisco Sánchez Cortés, que era el que hacía de enlace con la base naval.

Y, envalentonados por la situación generalizada de “final anunciado”, los comprometidos con esta idea llegaron a organizar, por esos mismos días, una concentración en la Plaza de España de Cartagena, encabezada por el capitán de Máquinas Juan Diego Manzanera Gabarrón, en la que se pretendió reunir al máximo posible de implicados en una posible acción de apoyo a la postura de Buiza, en caso de que fuera necesario ponerla en marcha en los próximos días. La concentración fue todo un éxito, aunque no exenta de cierta confusión y riesgo, porque, como resultado de algunos “soplos” de infiltrados, se produjeron varias detenciones en los siguientes días, aunque sin mayores consecuencias.

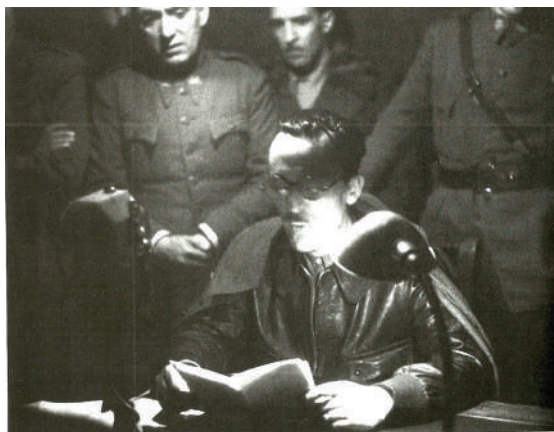
LOS SUCESOS DE CARTAGENA DEL 3 AL 5 DE MARZO Y EL GOLPE DEL GENERAL CASADO EN MADRID CONDICIONAN LA SALIDA DE LA FLOTA REPUBLICANA DE CARTAGENA

Los casadistas partidarios de las negociaciones de paz con el gobierno de Franco se preparan en Madrid y en Cartagena. La reacción del gobierno de Negrín

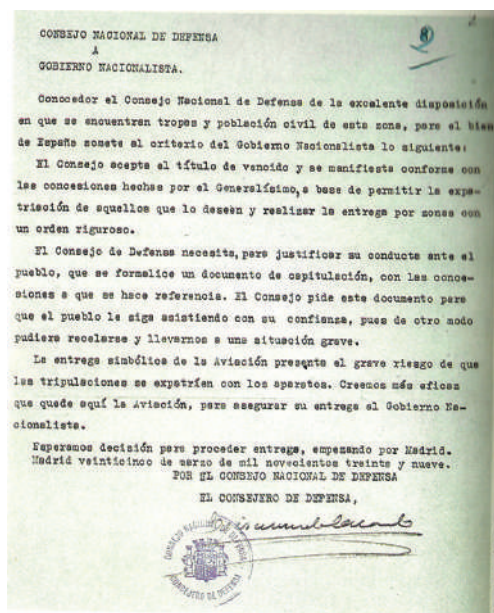
En los primeros días del mes de marzo de 1939, la desesperada situación de la causa republicana se complicaría, aún más, si cabía, con dos sucesos que se producirían, de manera casi simultánea y por aquellos mismos días, en dos ciudades clave para la República: la capital, Madrid, y la

ciudad de Cartagena, la principal base naval de la República y sede del grueso de la Flota republicana. Madrid era el símbolo de la capitalidad del Estado republicano, y Cartagena, la sede de su principal base naval, en la que se encontraba el grueso de la flota, constituyendo, con ello, el último bastión de la posible resistencia y la garantía de una potencial operación de repliegue general y de evacuación por mar de los dirigentes políticos y combatientes más comprometidos.

Tras la reunión de Los Llanos, los generales Miaja y Casado, convencidos de la necesidad de acabar la guerra lo más rápidamente posible, comenzaron a preparar en Madrid, por su cuenta, y sin la aprobación, ni el conocimiento, de Negrín, ni de los dirigentes comunistas, la creación de un Consejo de Defensa Nacional que iniciara las negociaciones con el gobierno de Franco y fijara las condiciones de la rendición final.



Mientras tanto, en Cartagena, y a media mañana del jueves 2 de marzo, el jefe de la flota, capitán de corbeta Miguel Buiza, se reunía en la cámara del crucero *Miguel de Cervantes* con los comandantes y comisarios políticos de las diferentes unidades navales, a los que nuevamente les trasladó su convencimiento de que la guerra estaba irremisiblemente perdida y les informó ya de los planes de Miaja y de Casado, a los cuales él se unía incondicionalmente. Asimismo, les informó de sus compromisos con estos generales, que consistían en presionar al gobierno, mediante la salida de la flota a alta mar y amenazar con no regresar a puerto hasta que se hubieran iniciado las

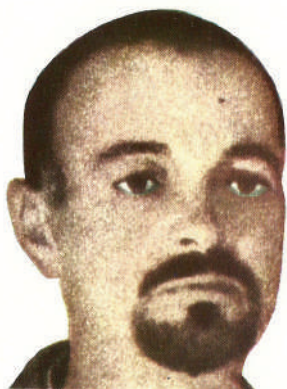


Figuras 23 y 24: A la izquierda, el general Segismundo Casado en su histórica alocución radiofónica de la noche del 4 al 5 de marzo de 1939, anunciando la constitución en Madrid del Consejo de Defensa Nacional. Y, a la derecha, comunicado del general Casado informando del inicio de las conversaciones de paz con el Ejército nacional

necesarias conversaciones de paz o producida la dimisión del presidente Negrín. No obstante, Buiza les pidió que, durante el plazo de tiempo que se le había dado al presidente Negrín para que negociara la paz, la flota debía mantener su lealtad a la República, y que, en todo momento y circunstancias, todos sus mandos actuaran de forma conjunta y no individualmente.

Un día más tarde (viernes 3 de marzo), el gobierno de Negrín (todavía desconocedor de los planes de Miaja y de Casado y del resto de los comprometidos, aunque sí de la reunión del día anterior de Buiza con los mandos de la flota) ascendía al generalato a Segismundo Casado y nombraba nuevo jefe de la Base Naval Principal de Cartagena al coronel Francisco Galán Rodríguez (hermano del mártir de la República, Fermín Galán, y miembro del Partido Comunista, que había mandado el XII Cuerpo de Ejército durante la reciente retirada de Cataluña), con

el que pensaba garantizar la fidelidad al gobierno de esta importante base (y de la flota) y constituir con ellas los principales enclaves de la resistencia final y de posible evacuación masiva de los principales mandos republicanos. Por todo ello, Negrín despediría a Galán con las siguientes instrucciones conciliadoras: “Negocie, negocie y negocie. Nos queda poca retaguardia y la Flota republicana nos es indispensable”.



Figuras 25 y 26: A la izquierda, el coronel de Milicias Francisco Galán Rodríguez, hermano del mártir de la Republica, Fermín Galán, y miembro del Partido Comunista, nombrado Jefe de la Base Naval Principal de Cartagena por el gobierno de Negrín a principios de marzo de 1939. Y, a la derecha, Paulino Gómez Saiz (1889-1977), dirigente del POSE y ministro de la Gobernación del gobierno de Negrín entre abril de 1938 y marzo de 1939. Anteriormente había sido Delegado de Orden Público de Cataluña (1937) y Director General de Seguridad (1938)

Y esta postura de Negrín se debía a que el cometido de Galán era muy comprometido, dada la conocida actitud de los mandos de la flota, aunque totalmente imprescindible para los planes del gobierno, en los que la flota era totalmente necesaria para continuar asegurando la llegada desde el exterior del necesario material bélico enviado desde la URSS (y negociado por el jefe de la Aviación republicana, Ignacio Hidalgo de Cisneros), así como como para proteger la evacuación por mar de los posibles evacuados y convertir a Cartagena en un “reducto final de resistencia”.

También, ese mismo día (3 de marzo), Negrín enviaba a Cartagena al ministro de la Gobernación de su gobierno, Paulino Gómez Saiz, con la misión de que se reuniera con los mandos de la flota y los intentara convencer de la conveniencia de continuar resistiendo durante unos meses más, hasta que se consiguiera alcanzar una paz negociada. Paulino Gómez se reuniría, al día siguiente, con los citados mandos, desencadenándose una fuerte discusión y un altercado ente el ministro y el jefe de la 1ª Flotilla de destructores, capitán de corbeta José García Barreiro (de reconocidas ideas pro nacionales), quien se negó abiertamente a continuar con una resistencia que ya consideraba del todo inútil.

La noticia del nombramiento de Francisco Galán se conoció en Cartagena a lo largo del viernes 3 de marzo, lo que motivó que, al día siguiente (sábado 4), se reunieran en la jefatura de la base naval el general Carlos Bernal, el jefe de la flota, capitán de corbeta Miguel Buiza, el comisario general Bruno Alonso, el jefe del Arsenal, teniente coronel Norberto Morell, y el jefe del Estado Mayor Mixto de la Base, teniente de navío Vicente Ramírez de Togorés, con objeto de valorar las consecuencias del nuevo nombramiento (que consideraron como una ofensa), y que, de llevarse a efecto, pondría la base y la escuadra en manos de los comunistas y evitaría su ya iniciado apoyo a las negociaciones de paz. Los reunidos convinieron ratificarse en sus compromisos de apoyar el final rápido de la guerra, lo que, acto seguido, comunicaron al general Manuel Matallana (jefe de los Ejércitos de la Región Central), junto con su ofrecimiento de no aceptar el nombramiento de Galán y de sublevarse contra este, si era necesario. Matallana agradeció su ofrecimiento, pero les comunicó que todavía no podía garantizar que el resto del Ejército se uniera a la posible conjura, por lo cual daba completa libertad a la flota para que actuara según “su propio criterio”.

Ese mismo día, se celebraba otra tensa reunión entre el jefe de la flota, Buiza, su comisario general, Bruno Alonso, y el comisario general de los Ejércitos de la República, Bibiano Fernández Ossorio y Tafall (doctor en ciencias y catedrático de instituto, dirigente de la ORGA, de la Federación Republicana Gallega y de Izquierda Republicana, exsubsecretario de Trabajo y de Gobernación, y tras su exilio en México, director de la FAO y subsecretario de las Naciones Unidas en los años

60), en la que Buiza volvió a insistir en que la flota “cumpliría con su deber”, pero que no reconocía ya la autoridad del gobierno de Negrín.

La situación en Cartagena y en la flota era realmente complicada. La moral de derrota y el deseo generalizado de que la guerra terminara lo antes posible predominaba sobre los que todavía defendían la resistencia a ultranza. En la población, la falta de alimentos había degenerado en verdadero hambre desde hacía varios meses, y en la base naval, a la también generalizada escasez de alimentos, vestuario, transporte, repuestos y material bélico, se unía la carencia de moral de combate y la consiguiente indisciplina, que se había visto agudizada por los constantes bombardeos aéreos (cerca de una veintena en los últimos tres meses, en los que se habían alcanzado, en varias ocasiones, la base naval, la Algameca y varias unidades navales, como fueron los casos del destructor *Sánchez Barcaiztegui* y del crucero *Méndez Núñez*, en los que se produjeron varios muertos y numerosos heridos).

Mientras tanto, y siguiendo las órdenes de Negrín, el coronel Galán iniciaba su rápido traslado a Cartagena en la misma noche del viernes 3 de marzo, mientras que se movilizaba a la 206 Brigada Mixta Mecanizada (perteneciente a la 10ª División del XXII Cuerpo de Ejército del Ejército de Levante, con base en Buñol, Valencia), y al mando del mayor de Milicias Artemio Precioso Ugarte, para que se trasladara rápidamente a Cartagena, en apoyo del nuevo jefe de la base naval y para evitar los previsibles problemas que pudiera encontrarse a su llegada. Galán haría una primera y corta escala en la ciudad de Murcia, donde, a medio día del 4 de marzo, se reuniría con el citado mayor Precioso, jefe y comisario de la citada brigada mixta, para preparar su inmediato traslado a Cartagena, ordenándole que se reuniera con él en la base naval al atardecer de ese mismo día. Pocas horas más tarde (hacia las nueve de la noche) el coronel Galán se presentaba con su escolta en la ciudad de Cartagena, donde el general Bernal le entregaría el mando de la base naval, sin encontrar, de momento, ninguna oposición por parte de los mandos de la base y de la flota.

Pero la tranquilidad duraría muy poco tiempo, y, en las siguientes horas, los acontecimientos se precipitarían de forma vertiginosa. A media noche del sábado 4 de marzo, los militares republicanos comprometidos con el proceso de negociaciones de paz constituyeron en Madrid un

Consejo de Defensa Nacional, presidido por el general Miaja y con el también ya general Casado como responsable de Defensa (y con apoyo de socialistas y anarquistas, entre ellos de los dirigentes Julián Besteiro y Cipriano Mera), cuyo principal objetivo era llegar a un rápido acuerdo con el gobierno de Franco para finalizar la guerra. Se trataba de un verdadero golpe de Estado contra el gobierno del presidente Negrín y sus aliados comunistas, que derivaría en fuertes enfrentamientos armados en Madrid entre los partidarios del nuevo Consejo y los de Negrín, en los que resultaron vencedores los primeros.



Figura 27: Mayor de Milicias Artemio Precioso Ugarte, jefe de la 206 Brigada Mixta Mecanizada (perteneciente a la 10ª División del XXII Cuerpo de Ejército del Ejército de Levante, con base en Buñol, Valencia), que fue enviada a Cartagena a principios de marzo de 1939 en apoyo de Francisco Galán

En Cartagena se cruzan tres sublevaciones contra el gobierno de Negrín. Los partidarios de Franco controlan en Cartagena el Parque de Artillería y las baterías de costa

Los acontecimientos de Madrid repercutieron rápidamente en Cartagena, donde de la oposición al nuevo jefe de la base naval, se pasó a una verdadera sublevación pro nacional encabezada por dirigentes de la quinta columna local, conocida como “Socorro Blanco”. Desde ese momento, se entrecruzaron tres insurrecciones en la ciudad, su guarnición militar, su base naval y las baterías de costa. Por un lado, y encabezada por el teniente de navío Vicente Ramírez de Togorés

(jefe del Estado Mayor Mixto de Cartagena) y por el teniente coronel Norberto Morell (jefe del Arsenal), los defensores del recién creado Consejo de Defensa Nacional y de su deseo de negociar la paz y de no reconocer la autoridad del gobierno de Negrín y de su enviado a Cartagena, Francisco Galán. Por otro, una segunda insurrección, de tendencia también “entreguista”, y encabezada por el sargento de Artillería Calixto Molina. Y una tercera, sin duda la más importante, organizada por los quintacolumnistas pro nacionales locales, cuyo único objetivo era controlar la ciudad y entregársela lo más rápidamente posible al Ejército vencedor de Franco. Esta sublevación pro nacional estaba encabezada por el general de Infantería de Marina en la Reserva Rafael Barrionuevo Reyes, el coronel de Artillería Gerardo Armentía Palacios (jefe del Regimiento de Artillería de Costa N° 3), el teniente coronel de Artillería Arturo Espa Ruiz (2° jefe del citado regimiento) y el comandante de Artillería Manuel Lombardero, y por los civiles Antonio Ramos Carratalá (director de la Caja de Ahorros) y el médico odontólogo Antonio Bermejo Sandoval (jefe de la quinta columna local). Dentro de la Marina, contaban con el apoyo de un importante número de mandos (ya comentado anteriormente), encabezado por el capitán de corbeta Fernando Oliva Llamusi (jefe del Estado Mayor de la base naval). Y, frente a todas estas sublevaciones, estaba el grupo (todavía poderoso) de los legitimistas o partidarios del gobierno de Negrín y de la resistencia a ultranza, que se pondría a las órdenes de su enviado a Cartagena, Francisco Galán.





Figuras 28 a 30: De izquierda a derecha, el teniente de navío Vicente Ramírez de Togorés, el sargento de Artillería Calixto Molina y el general de Infantería de Marina en la Reserva Rafael Barrionuevo Reyes, que encabezaron las diferentes insurrecciones que se entrecruzaron en Cartagena en los primeros días de marzo de 1939

En pocas horas, todos se movilizaron rápidamente e intentaron controlar la difícil situación, produciéndose inevitables enfrentamientos armados y situaciones de verdadero peligro, que dejaron como resultado varios muertos y heridos.

Los comprometidos pro nacionales fueron los primeros en actuar, ocupando el Parque de Artillería (que se constituyó en el verdadero centro neurálgico de su sublevación), donde se armaron, para, posteriormente, proceder a liberar a numerosos presos políticos de las cárceles locales, tras de lo que se distribuyeron en pequeños grupos armados con los que ocuparon y controlaron los lugares estratégicos de la ciudad y sus principales carreteras de acceso.

Los enfrentamientos armados y las detenciones se hicieron inevitables y comenzaron rápidamente. En el edificio de la Capitanía General de Marina (situado, en aquellos momentos, en el actual edificio de Servicios Generales de la Muralla del Mar), el jefe del Estado Mayor de la base, Fernando Oliva Llamusí, unido a los sublevados, detuvo al coronel Galán hacia las 23:00 horas del día 4, y, pocos minutos después, el jefe y comisario de la Brigada 206, el mayor Artemio Precioso, era

también apresado a las puertas del mismo edificio por una patrulla al grito de “Por España y por la paz”, aunque el mayor conseguiría escapar y regresar junto a su brigada hacia las ocho de la mañana del día siguiente, cuando era trasladado al Parque de Artillería.

Mientras tanto, en el Parque de Artillería se estableció el mando de los sublevados pro nacionales, encabezados por los citados militares Rafael Barrionuevo, Gerardo Armentía, Arturo Espa Ruiz y Manuel Lombardero, quienes, rápidamente consiguieron, y sin grandes dificultades, controlar los principales puntos claves de la ciudad, mientras que las baterías de costa se unían a la sublevación pro nacional bajo el mando del citado teniente coronel de Artillería Arturo Espa Ruiz (2º jefe del de Regimiento de Artillería de Costa N° 3).

Toda la noche del 4 al 5 de marzo transcurrió en Cartagena entre una gran confusión y tensión, con numerosas patrullas de soldados y milicianos patrullando las calles y pidiendo la documentación a los transeúntes sospechosos. Nadie sabía muy bien (con la salvedad de los propios sublevados) cual era la finalidad de la sublevación, si era solamente para forzar al gobierno de Negrín a la negociación con Franco, o claramente a favor de los nacionales. Y algo parecido ocurría en la flota y en el arsenal naval (que hasta el momento no se habían pronunciado en uno u otro sentido), al no haberse recibido, hasta esos momentos, ninguna noticia de Galán, ni de Ramírez de Togorés (el jefe del Estado Mayor Mixto de Cartagena) y el teniente coronel Norberto Morell (el jefe del Arsenal), que eran los máximos partidarios de la conjura a favor de Casado, por estar todos ellos detenidos por los sublevados pro nacionales en el edificio de Capitanía General. Y a esta falta de información, se uniría la noticia emitida por la propia emisora de la flota (también controlada, por aquellas horas, por unas decenas de sublevados mandados por el teniente de navío Federico Vidal de Cubas, comandante del destructor *Lepanto*, recientemente depuesto de su mando y desembarcado por haber intentado pasarlo a los nacionales), que ya en la madrugada del domingo 5 de marzo, y bajo los acordes de la Marcha Real, anunciaba que “Cartagena se había incorporado a la España nacional”. También, y aprovechando los momentos de desconcierto, el teniente coronel Lorenzo Pallares Cacha se hacía cargo del arsenal en nombre de los sublevados nacionalistas, mientras que los

todavía leales republicanos (tanto del bando casadista, como negrinista) comenzaban a reaccionar y a tomar posiciones.



Figura 31: Teniente coronel de Artillería Arturo Espa Ruiz (2º jefe del de Regimiento de Artillería de Costa Nº 3) unido a los sublevados pro nacionales de Cartagena el 4 de marzo de 1939

Durante la noche del 4 al 5, el jefe de la flota, Miguel Buiza (partidario del Consejo de Defensa Nacional establecido pocas horas antes en Madrid), decidió trasladarse personalmente al edificio de Capitanía General para contactar con los mandos de la base naval, y al enterarse de su detención amenazaría a Fernando Oliva, con bombardear el edificio de Capitanía con los cañones de la flota, si Galán y el resto de los mandos de la base no eran puestos inmediatamente en libertad, ante lo cual se les permitió su libertad de movimientos, aunque solamente dentro del edificio.

La situación era muy delicada y las amenazas entre ambos bandos presagiaban un desenlace sangriento, al encontrarse la mayor parte de las poderosas baterías de costa y de los castillos artillados que protegían la bahía en manos de un grupo de sublevados pro nacionales dirigidos por el teniente coronel Arturo Espa Ruiz.

En su nueva situación de semilibertad, el coronel Galán, convencido de la necesidad de conseguir la unidad de los republicanos todavía leales y de evitar un derramamiento de sangre innecesario,

decidió ponerse en contacto telefónico con el presidente Negrín, al que le comunicó todo lo ocurrido y le recomendó revocar su nombramiento. A continuación, Galán contactaría telefónicamente con los sublevados del Parque de Artillería (concretamente con el comandante de Estado Mayor retirado del servicio, y también quintacolumnista, Manuel Lombardero Vicente), a quien le informó de sus conversaciones con Negrín, y del que recibió la contestación de que “en la plaza no había más autoridad que el general Barrionuevo, que representa al gobierno nacional”.

Así las cosas, el presidente Negrín decidió buscar una solución temporizadora que pudiera contentar a todos y parar la peligrosa sublevación de Cartagena (cuyo triunfo podía truncar todos sus planes de alargamiento del conflicto), y, en las siguientes horas (ya en la mañana del domingo 5), destituía a Galán y nombraba en su lugar al entonces subsecretario de Marina, Antonio Ruiz González (antiguo jefe de la Base Principal de Cartagena y persona que contaba con la plena confianza de todos los bandos republicanos).

Mientras tanto, y en el Parque de Artillería, el general Barrionuevo consideró que lo más apremiante para alcanzar el control total de la ciudad era conseguir que la flota (todavía fiel a la República), saliera rápidamente de la bahía, para cuyo cometido de convencer a Buiza comisionó al comandante Manuel Lombardero, con la amenaza de que se bombardearía la flota si no se llevaba a efecto en el plazo de un cuarto de hora.

Las amenazas de los sublevados coincidieron con un nuevo bombardeo aéreo de la aviación nacional sobre el arsenal naval (producido hacia las 11.30 de la mañana por varios aparatos Savoia 79), que llegó a alcanzar y a inutilizar a los destructores *Sánchez Barcaiztegui*, *Lazaga* y *Alcalá Galiano*, atracados en la dársena del arsenal y junto al dique seco, mientras que el *Gravina* sufría escasas averías en sus superestructuras, todo lo cual terminó por decidir a Buiza y al nuevo jefe de la base, Antonio Ruiz González (tras convencerlos Vicente Ramírez de Togorés, jefe del Estado Mayor Mixto de Cartagena y uno de los máximos partidarios de Casado en la ciudad), de que la flota debía salir de forma inmediata.



Figura 32: Efectos de los bombardeos aéreos sobre el destructor *Sánchez Barcaiztegui*, en la mañana del domingo 5 de marzo de 1939

5 DE MARZO DE 1939: LA FLOTA REPUBLICANA SALE DE CARTAGENA RUMBO A ORÁN

El nuevo bombardeo aéreo de Cartagena durante la mañana del domingo 5 de marzo fue determinante para acelerar la salida de Cartagena de la flota republicana. Nadie sabía muy bien cómo iba a actuar la 206^a Brigada Mixta (ya próxima a Cartagena, y a cuyas fuerzas, por orden del dirigente comunista Jesús Hernández, Comisario General del Ejército, se iban a unir la 4^a División y una unidad de tanques estacionadas como reserva en Archena) ante la desconcertante situación de la ciudad, y si las baterías de costa cumplirían su amenaza de bombardear la flota si no salía de la bahía en el plazo fijado. Estas incertidumbres, unidas al temor de que se produjera un nuevo bombardeo aéreo sobre el puerto, que inutilizara alguna otra unidad naval más (y de que las baterías antiaéreas dejaran de actuar, por orden de los sublevados), terminaría de decidir a Buiza ordenar la salida final de la flota antes del nuevo plazo fijado por el general Barrionuevo, que expiraba a las 12:30 del mediodía. Y, a todo ello, se uniría la noticia, recibida esa misma mañana en Cartagena (aunque ya esperada), de que pocas horas antes el general Casado había constituido en Madrid el anunciado Consejo Nacional de

Defensa, en sustitución del gobierno de Negrín y que asumía el encargo de iniciar las conversaciones de paz con el gobierno de Franco.

SE CONSTITUYE EN MADRID EL CONSEJO NACIONAL DE DEFENSA

REPRESENTACIONES DEL EJERCITO, LA MARINA DE GUERRA Y LA AVIACION EXPRESAN SU ADHESION INCONDICIONAL

Partidos políticos, Organizaciones sindicales y entidades de toda índole suman su esfuerzo al del Consejo en beneficio de la causa de España

“Nos mostraremos inexorables con los que hurten el pecho al cumplimiento del deber”

MANIFIESTO A LOS TRABAJADORES Y AL PUEBLO ANTIFASCISTA

“Ha llegado el momento en que es necesario proclamar a los cuatro vientos la verdad escueta de la situación en que nos encontramos. Como revolucionarios, como proletarios, como campesinos y como antifascistas, no podemos continuar por más tiempo aceptando pasivamente la improvisación, la carencia de orientaciones, la falta de organización y la absurda inactividad de que da muestra el Gobierno del doctor Negrín. La misma trascendencia de los momentos que atravesamos, el carácter definitivo de aquellos que se aproximan, hace que no pueda continuar ni un momento más el silencio y la incertidumbre, origen del más tremendo desconcierto, que se deriva de la conducta suicida de ese puñado de hombres que todavía continúan aplicándose la denominación de Gobierno, pero en los que nadie cree, en los que nadie confía.

Han pasado muchas semanas desde que se liquidó, con una deserción general, la guerra de Cataluña. Todas las promesas que se hicieron al pueblo en los más solenes momentos fueron olvidadas: todos los deberes, desconocidos; todos los compromisos, delictosamente pisoteados. En tanto que el pueblo en armas sacrificaba en el ara sangrienta de las batallas unos cuantos millares de sus mejores hijos, los hom-

bres que se habían constituido en cabezas visibles de la resistencia abandonaban sus puestos y buscaban en la fuga vergonzosa y vergonzante el camino para salvar su vida, aunque fuera a costa de su dignidad.

Esto es lo que no puede repetirse en el resto de la España antifascista.

No puede tolerarse que en tanto se exige del pueblo una resistencia encerrada se hagan los preparativos de una comedia y lacraiva farsa que puede permitirse que en tanto el pueblo lucha, se sacrifica, combate y muere, unos cuantos privilegiados preparen su vida en el Extranjero. Para impedir esto, para borrar tanta vergüenza, para evitar que se produzca la deserción en los momentos más importantes es por lo que se constituye el Consejo Nacional de Defensa. Y hoy, con plena responsabilidad de la trascendencia de la misión que nos imponemos, con absoluta seguridad en la lealtad de nuestro pasado, de nuestro presente y de nuestro futuro, en nombre del Consejo Nacional de Defensa, que recoge sus poderes del arroyo, alonde los arrojará el Gobierno del doctor Negrín, nos dirigimos a todos los trabajadores, a todos los antifascistas, a todos los españoles, para, poniéndonos al frente de los deberes que a todos incumben, darles la

garantía plena de que nadie, absolutamente nadie, podrá rebair el cumplimiento de esos deberes y equivar en una última pinzeta antifascista la responsabilidad que le incumbe por sus palabras y por sus promesas.

Constitucionalmente, el Gobierno del doctor Negrín carece de toda base jurídica en la cual apoyar sus mandatos. Realmente, carece también de la tranquilidad y del aplomo, de la decisión de sacrificio que es exigible a todos los que de una u otra manera pretenden ponerse al frente de los destinos de un pueblo tan heroico, tan atrevido, como el pueblo español. En estas condiciones, al desconocer y negar la autoridad de Negrín y sus ministros para mantenerse en el Poder, afirmamos nuestra propia autoridad de auténticos y genuinos defensores del pueblo español, de hombres que están dispuestos, dando como garantía su propia vida, a que el destino de uno sea el de todos y a que nadie escape si



Figura 33: Noticias del periódico ABC del domingo 5 de marzo sobre la constitución en Madrid del Consejo Nacional de Defensa.

La flota tenía orden de estar preparada (con sus calderas activadas desde la madrugada anterior y ya en condiciones de navegar) y con todas sus dotaciones a bordo desde varias horas antes, aunque hasta el último momento se mantuvo el temor de que algunos elementos más extremistas de las dotaciones de la flota (dirigidos por comunistas y anarquistas), o incluso los mandos pro nacionales (que también había muchos) intentarían evitar su salida, generando enfrentamientos armados o el hundimiento de los buques en el mismo puerto. Finalmente, y tras una última reunión urgente celebrada a bordo del crucero *Miguel de Cervantes* entre Miguel Buiza, Antonio Ruiz, Bruno Alonso y el coronel Francisco Galán (y, al parecer, siguiendo las indicaciones del propio presidente del gobierno, Juan Negrín), se tomó la decisión de abandonar Cartagena antes de que expirase el plazo exigido por los sublevados. Pocos minutos después, concretamente a las 12:08 minutos del histórico domingo 5 de marzo de 1939 (y tras tener la garantía telefónica del general sublevado Barrionuevo de que no sería hostigada en su salida), la Flota republicana recibía la orden de “levar anclas, soltar



Figura 34: Noticias de La Voz del Combatiente, del lunes 27 de marzo, sobre las negociaciones de paz iniciadas con el gobierno de Franco

estachas y zarpar”, y realizaba su última salida de su base de Cartagena con bandera republicana, dirigiéndose a un incierto destino, en esos momentos todavía no determinado.

El orden de salida fue el siguiente: el primer lugar de la formación lo ocupó el submarino *C-4*, seguido de todos los destructores que estaban en condiciones de navegar (*Ulloa*, *Esaño*, *Gravina*, *Almirante Antequera*, *Almirante Miranda*, *Almirante Valdés*, *Lepanto* y *Jorge Juan*), y, a continuación, los cruceros *Méndez Núñez*, *Libertad* y *Miguel de Cervantes* (el buque insignia de la flota, donde iba su almirante en jefe, el capitán de corbeta Miguel Buiza, junto con el comisario jefe de la flota, Bruno Alonso, y el coronel de Milicias Francisco Galán), que fue el último en partir. Y con esta salida de la flota, los sublevados pro nacionales habían conseguido su principal objetivo de la sublevación (y

que era la consigna ordenada por el gobierno de Franco), porque, con ello, “dejaban a la República sin su último baluarte de resistencia”.



Figura 35: La Flota republicana navegando por el Mediterráneo (Archivo Rolandi)

Durante toda la tarde del 5 y la noche del 5 al 6, se recibió en la flota multitud de mensajes radiotelegráficos, todos ellos muy contradictorios y de dudosa procedencia, que crearon una gran confusión a bordo de los buques. El primero procedía de una emisora alemana en Bilbao (recibido a las 21:10 horas de la tarde-noche del 5) que anunciaba que las luchas continuaban en Cartagena, al que siguió otro (a las 00:17 horas ya del lunes 6) que informaba que el golpe de Casado había triunfado en Madrid y que el denominado Consejo Nacional de Defensa sustituía al gobierno de Negrín. Pocos minutos después (concretamente, a las 00:37 horas), se recibía un tercer mensaje, en este caso, desde Valencia, y del jefe de Vigilancia de Convoyes Marítimos (un tal Mosquera), en el que se decía lo siguiente: “Valencia responderá actuación Flota. Antes será saber situación y actitud”.

Dos horas más tarde (a las 02:50 de la madrugada) se recibía un nuevo mensaje del jefe de la Flotilla de Vigilancia de Valencia, en el que se transmitía una disposición del gobierno de Negrín (enviado desde su último refugio de la denominada “Posición Yuste”, en la Finca de El Poblet, situada en Petrer, cerca del Aeródromo de El Maña, en Monovar, y a poco más de 30 kilómetros de Alicante) ordenando a la

flota regresar a Cartagena: “Ministro de Defensa Nacional a Jefe Flota. Dominada situación creada en Cartagena, disponga que flota reintegre a Cartagena”. Buiza pediría confirmación de este último mensaje referente a que el gobierno controlaba la situación de Cartagena (porque también recibía otros en el sentido contrario desde las emisoras de Cartagena controladas por los sublevados pro nacionales), y, efectivamente, volvieron a repetirse en varias ocasiones más durante las siguientes horas, a las 03:20 de la madrugada desde Castellón y a las a las 04:28 desde la estación de Portman, todas ellas en el mismo sentido y añadiendo que “Dominada situación en Cartagena, sírvase reintegrarse a la base naval” (se trataba de la mencionada 206ª Brigada Mixta, que había entrado en la ciudad en la tarde del día 5).

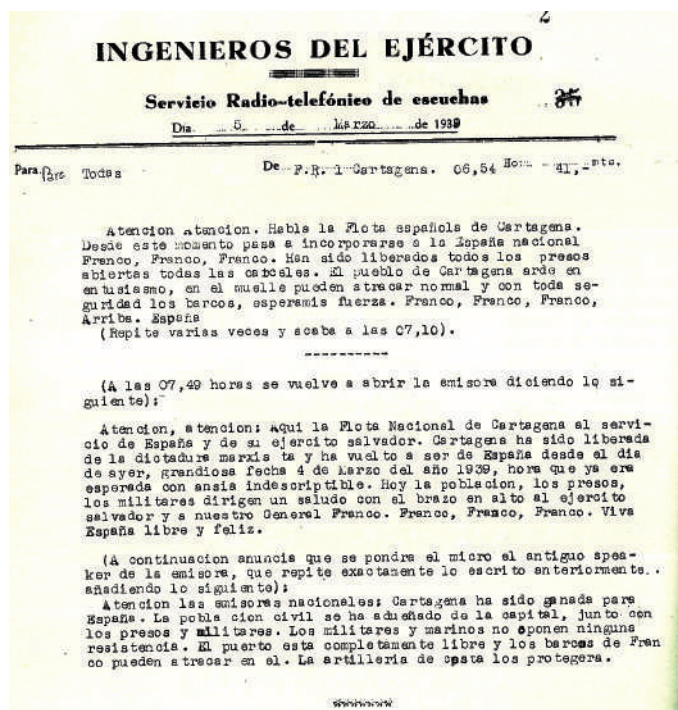


Figura 36: Mensaje engañoso emitido en las primeras horas de la mañana del domingo 5 de marzo de 1939 por la Emisora de Los Dolores, próxima a Cartagena (controlada por los sublevados pro nacionales) sobre la supuesta incorporación de la flota republicana a la causa nacional, al igual que toda la ciudad y las defensas de Cartagena

Pero, pocos minutos después (concretamente, a las 04:50 de la madrugada) un nuevo mensaje del jefe de Vigilancia de Convoyes Marítimos de Valencia introducía una nueva noticia sobre el triunfo del golpe de Casado en Madrid, lo cual aportaba todavía más confusión sobre cuál era el verdadero gobierno de la República en esos momentos: “Contestaré a un radio cuando tenga datos seguros. Formado nuevo Gobierno compuesto por Casado, Besteiro, Val, Rodríguez Vega, San Andrés, Carrillo (se refiere a Wenceslao Carrillo Alonso-Forjador, dirigente del PSOE y de la UGT y padre del histórico líder comunista Santiago Carrillo Solares) y González Marín. De acuerdo con este Menéndez y Matallana”.

Tras los reiterados mensajes recibidos y las consiguientes dudas que crearon, a las 05:54 de la madrugada el jefe de la Flota, Miguel Buiza, decidió regresar nuevamente a Cartagena (de acuerdo, no solo con las órdenes recibidas del presidente Negrín, sino, también, con su propio compromiso adquirido con el general Casado). Aunque la decisión no era nada fácil de tomar, pues aparte de las dudas sobre quien mandaba realmente en aquellos momentos en el bando republicano, estaba el de la seguridad del puerto al que se regresara. Se produjo un acalorado debate, entablado entre los partidarios de dirigirse a algún puerto francés (entre los que se encontraba el Jefe del Estado Mayor de la Flota, teniente de navío Manuel Núñez Rodríguez, con el apoyo de los anarquistas) y los que proponían regresar a Cartagena (en cuyo grupo se encontraba el coronel Francisco Galán y la mayor parte de los negrinistas y comunistas).

Una hora y media después (concretamente, a las 07:30 de la mañana), se recibía un mensaje del general Casado, ordenando a Buiza que la flota no regresara a Cartagena: “Enlace Marina en el Grupo de Ejércitos a Jefe Flota: De orden del Presidente Casado manténgase en la mar hasta nueva orden. Confíe en esto que va en marcha. No entre en Cartagena de ningún modo hasta nueva orden”

Este último mensaje del general Casado (que parecía confirmar el éxito del golpe en Madrid, y la constitución de un Consejo Nacional de Defensa que acababa de sustituir al gobierno de Negrín), unido a otros muchos muy confusos que se recibieron de Cartagena (en los que todos aseguraban tener el control de la ciudad de Cartagena y nadie

todavía lo tenía totalmente), terminaría por decidir a Buiza rectificar su disposición inicial y ordenar volver a cambiar el rumbo y dirigirse hacia algún puerto del Norte de África (inicialmente se pensó en Orán, en la Argelia francesa, por ser el puerto extranjero más próximo a Cartagena), pues el combustible de los buques escaseaba y la situación en Cartagena continuaba siendo incierta, como el propio destino de la República Española. Las alocuciones radiofónicas de Cipriano Mera, Segismundo Casado y Julián Besteiro contra Negrín y los comunistas provocaron a bordo de los buques todavía republicanos maniobras ciertamente extrañas (varios cambios de rumbo e intentos de algunos buques de desobedecer las órdenes de Buiza y regresar a Cartagena, como fue el caso del destructor *Almirante Antequera* (mandado por el teniente de navío Pedro Marcos), que intentó maniobrar para salir de la formación, pero que fue evitado por los destructores *Gravina* y *Escaño* que se pusieron en sus bandas para impedirselo), y que supusieron el inmediato arresto, ya de madrugada, de algunos destacados socialistas y comunistas por parte de los oficiales leales a Buiza.

Buiza, para tranquilizar a todos los comandantes de los buques, les envió el siguiente comunicado durante la mañana del 6: “El mando de la flota encarece a todos los de los buques que, dado el próximo fondeo en un puerto extranjero, se mantenga por las dotaciones de los mismos un perfecto estado de disciplina, uniformidad y corrección”.

Y estas noticias sobre el hecho de que la Flota había decidido dirigirse finalmente a un puerto extranjero, precipitaría la rápida salida de España (en la misma tarde del lunes 6 de marzo de 1939) del gobierno de Negrín al completo, junto con la mayor parte de la cúpula del Partido Comunista.

RUMBO ABIZERTAY ENTREGA DE LA FLOTA REPUBLICANA A LAS AUTORIDADES FRANCESAS

Llegada de la Flota republicana a Bizerta

La primera intención de la Flota republicana era dirigirse al puerto de Argel (en la Argelia francesa), aunque a primeras horas de la mañana del lunes 6 de marzo (y cuando ya la flota esperaba la autorización para

entrar en dicho puerto) se recibía un comunicado de las autoridades francesas en Argelia en el que le ordenaban que se dirigieran al puerto de la Bahía de Sebra (en la Laguna de Bizerta, y en el vecino protectorado francés de Túnez), al existir en dicho lugar una base naval francesa con las condiciones adecuadas para hacerse cargo de la flota republicana, caso que no ocurría en Argel. Bruno Alonso, comisario político de la flota republicana, describiría así la travesía de 24 horas hasta Bizerta:

“A las siete de la mañana la flota ponía rumbo a Bizerta. Las órdenes del mando fueron acogidas sin reparos y con satisfacción por todos, los cuales momentos antes, parecían aterrorizados por mis requerimientos de regresar a Cartagena. El propio Galán expresaba su satisfacción, acaso porque la creación del Consejo Nacional de Defensa le hacía suponer que su regreso a España no le proporcionaría nada grato”.

Siguiendo las instrucciones del jefe de la flota de permanecer en perfecto estado de “disciplina, uniformidad y corrección”, a su llegada a las costas tunecinas (en la misma noche del 6 de marzo o en las primeras horas de la mañana del 7, según otras versiones), un crucero y varios cañoneros de la *Armée de la Mer* francesa salieron a su encuentro. Dos oficiales franceses subieron a bordo de la nave capitana de la flota republicana (el crucero *Miguel de Cervantes*), donde le comunicaron a Buiza y al comisario jefe, Bruno Alonso, que los buques serían internados en el puerto de la Bahía de Sebra-Bizerta y puestos bajo control de la Marina francesa, hasta que se decidiera sobre su futuro.





Figuras 37 y 38: A la izquierda, entrada del puerto de Bizerta (Archivo Rolandi). Y, a la derecha, el crucero *Libertad* entrando en dicho puerto a primeras horas de la tarde del martes 7 de marzo de 1939

Los buques republicanos fueron escoltados hasta el antepuerto de Sidi-Halem (ya en la amplia Laguna de Bizerta, a la que llegaron a primeras horas de la tarde del martes 7), e, inmediatamente, una a una, y acompañadas de un remolcador, todas las unidades fueron cruzando el canal de entrada al puerto del lago interior, para cuyo acto Buiza ordenaría “ondear a tope las banderas de combate, como último homenaje a la flota”. En esta situación permanecieron unos días, hasta situarse en su emplazamiento definitivo frente a la Base Naval de Bizerta, momento sobre el que el ya citado comisario jefe de la flota, Bruno Alonso, comentaría lo siguiente:

“A las once de la mañana del día 11 de marzo -se debió de referir a la fecha de llegada a la base naval francesa- entrábamos en Bizerta. Para muchos aquello era la salvación y la seguridad. Pero en mi ánimo, como en el de muchos, no cabía el regocijo, ni siquiera la tranquilidad espiritual que proporciona a muchos el encontrarse a salvo”.

Con un día de retraso con respecto al grueso de la flota, y debido a su menor velocidad, el miércoles 8 de marzo llegaba también a Bizerta el submarino *C-4*, mandado por el capitán de corbeta Eugenio Calderón Martínez (el cual, desde el mes de enero de 1939 había ejercido la jefatura del Estado Mayor de la Base Naval principal de Cartagena, y

que era hermano del anterior comandante de este mismo submarino, Álvaro Calderón Martínez).

Entrada en Cartagena de la 206ª Brigada Mixta y finalización de la sublevación pro nacional. La tragedia del *Castillo de Olite*

Mientras la Flota republicana viajaba con rumbo a las costas tunecinas, a primeras horas de la tarde del lunes 6 de marzo, la 206ª Brigada Mixta enviada por el gobierno de Negrín controlaba ya toda la ciudad de Cartagena, con la excepción del Parque de Artillería (donde se refugiaron los cabecillas de la sublevación pro franquista), mientras que las baterías de costa sublevadas caían también en su poder hacia las 10 de la mañana del día siguiente (martes 7 de marzo).

Y esta rápida recuperación por las fuerzas fieles al gobierno de Negrín de la plaza fuerte de Cartagena, sus defensas militares y su arsenal naval, traería consigo un último episodio trágico dentro de la historia de la Guerra Civil española, como sería el hundimiento del buque de transporte *Castillo de Olite*, con más de 2.100 militares



Figura 39: Buque mercante *Castillo de Olite*, con 3.545 de desplazamiento. Construido en 1921 en los astilleros holandeses de Rotterdam Droog, cambiaría en varias ocasiones de propietario y de nombre (*Zaandijk* -1921-1929-, *Akedemik Paulo* -1929-1932-, *Zwaterwater* -1932-1936- y *Postishev* -1936-1938-). Bajo pabellón soviético y mientras transportaba un cargamento de carbón hacia puertos de la República española, el 31 de mayo de 1938 sería apresado en aguas del estrecho de Gibraltar por la Marina nacional, quien lo denominaría *Castillo de Olite* (Fuente documental Luis Miguel Pérez Adán, “El hundimiento del *Castillo de Olite*. La mayor tragedia naval de la Guerra Civil española”)

nacionales a bordo (de los cuales 1.477 fallecieron), que supondría la mayor tragedia naval de la Historia de España.

Y este hecho se producía, porque mientras la flota republicana ponía rumbo a las costas del norte de África y los sublevados pro nacionales parecían controlar toda la ciudad de Cartagena, sus defensas militares y su base naval, el general Franco ordenaba, a primeras horas de la tarde del lunes 6 de marzo, el desplazamiento a la zona del SE de una serie de buques que debían llevar a cabo la ocupación definitiva de Cartagena, desconociendo que, en esos mismos momentos, la 206ª Brigada republicana acababa de entrar en la ciudad, tras de lo que ocupó la Jefatura de la Base y de la Intendencia de la Armada (situada en la Muralla del Mar) y comenzaba a atacar los principales enclaves militares controlados por los sublevados. Durante esa misma noche, las fuerzas negrinistas de la citada brigada ocuparon el arsenal y algunas baterías de costa todavía en manos de los sublevados, junto con la central telefónica y el suministro de energía eléctrica de la ciudad, de forma que, pocas horas después de salir la flota republicana de Cartagena, un submarino que había sido ocupado por los sublevados (el C-2, al mando del coronel de Artillería Luis Monreal Pílon) partió rápidamente con rumbo a las Baleares, con cerca de 70 dirigentes franquistas locales a bordo.

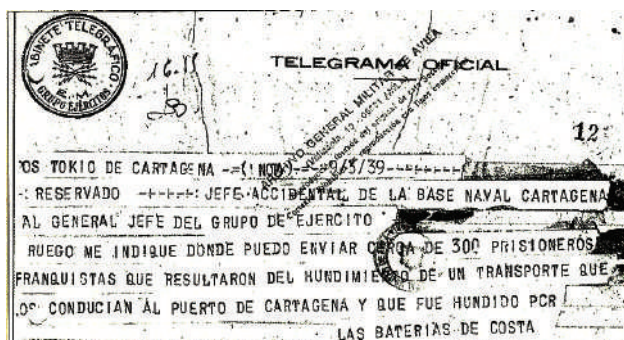
Al día siguiente (martes 7 de marzo), y al comprobarse que la plaza volvía a estar en manos de los republicanos y que peligraba enormemente su entrada en la bahía, los buques enviados por Franco recibían la orden del vicealmirante Francisco Moreno Fernández (jefe de las Fuerzas de Bloqueo del Mediterráneo) de suspender la operación de desembarco y de regresar rápidamente a sus puertos de partida. Todos los barcos obedecieron la orden recibida, menos uno de ellos, el *Castillo de Olite*, que tenía la radio estropeada (o que, incluso, según otras versiones, carecía de dicha instalación a bordo) y que, por tanto, no pudo captar el mensaje de retirada. Cuando ya se encontraba muy próximo a la bocana del puerto de Cartagena y observaron por simples medios visuales que la bandera tricolor republicana seguía ondeando en los edificios públicos y en los castillos y baterías de costa, intentaron virar rápidamente y salir a alta mar y fuera del radio de alcance de las baterías, pero ya era tarde. En esos mismos momentos, en la batería de costa de *La Parajola* (situada en el flanco derecho o sur de la bahía)

el capitán de Artillería Antonio Martínez Pallarés se negaba a disparar sobre el buque de transporte nacional, aunque el mando comunista que acababa de ocupar las instalaciones (perteneciente a la 206ª Brigada Mixta), le obligaba, bajo la amenaza de las armas, a que se hiciera fuego sobre el citado buque mercante, y, tras unos primeros disparos de la batería poco precisos, conminó a los artilleros a que afinaran su puntería cuando el buque ya parecía haber conseguido abandonar la zona exterior de la bahía de Cartagena. El resultado de todo ello sería un impacto directo de un proyectil disparado por una de sus piezas de 15,24 cm, que alcanzó la santabárbara del buque, haciéndola estallar y hundiendo el navío en pocos minutos, lo que dejaría un balance de 1.477 fallecidos, 342 heridos de diferente gravedad y 293 prisioneros, que convirtieron el desgraciado acontecimiento en el más sangriento episodio naval de toda la contienda y, además, ya del todo innecesario, al producirse apenas unos días antes del final de la guerra y cuando ya la suerte estaba irremisiblemente echada, para ambos bandos.

Normas de las autoridades francesas, nombramiento de “dotaciones reducidas” de los buques y desembarco final de las dotaciones de la flota

Regresando de nuevo con la Flota republicana a Bizerta, y tras su llegada a este puerto, el jefe de la flota, Miguel Buiza, recibió un documento de las autoridades francesas con las condiciones que debían cumplir todas las dotaciones de sus buques para que fuera aceptado su internamiento en territorio francés. Poco después, se recibieron unas “instrucciones permanentes de disciplina” (en francés y en español, firmadas por el prefecto marítimo de Bizerta, almirante M. Brery, y por su segundo, el contralmirante mayor general Sablé), en las que se incluían unas normas muy estrictas sobre el mantenimiento de los buques, su seguridad y orden interno, servicios, policía y aduanas, que debían ser cumplidas por las dotaciones españolas, y siempre bajo el continuo control y supervisión de los marinos franceses y de la gendarmería local.

También, se celebró una serie de reuniones a bordo del crucero *Miguel de Cervantes*, entre los mandos navales españoles y los franceses, en las que se acordaron que, mientras durase el periodo de internamiento, en cada unidad de la flota (y según el tipo de buque) debía permanecer



Figuras 40 y 41: Arriba, batería de costa de La Parajola, uno de cuyos cañones de 15,24 cm hundiría, en la mañana del martes 7 de marzo de 1939, al buque de transporte *Castillo de Olite*, con más de 2.100 militares nacionales a bordo (de los cuales 1.477 fallecieron), que supondría la mayor tragedia naval de la Historia de España. Y, abajo, telegrama del día 9 de marzo informando sobre los supervivientes apresados tras el hundimiento

uno o dos oficiales españoles del Cuerpo General de la Armada, como responsables de las mismas, junto con una “dotación reducida”, que se encargaría de la seguridad, servicios y trabajos a bordo. En principio, estas dotaciones se fijaron en dos oficiales por crucero (comandante y jefe de máquinas), 7 auxiliares y 32 marineros, y en dos oficiales por destructor, junto con 4 auxiliares y 17 marineros. Por último, en el submarino *C-4* quedaría un oficial, 2 auxiliares y 7 marineros.

La composición concreta de los nuevos mandos de estas dotaciones reducidas fue la siguiente: comandante jefe de la flota, capitán de corbeta José García Barreiro; jefe de Estado Mayor de la

flota, teniente de navío Gregorio Gómez Meroño; comandante del crucero *Miguel de Cervantes*, capitán de corbeta José Núñez Rodríguez; comandante del crucero *Libertad*, teniente de navío Eduardo Armada Sabau; comandante del crucero *Méndez Núñez*, teniente de navío José Luis Barbastro Jiménez; comandante del destructor *Ulloa*, teniente de navío Álvaro Calderón Martínez; comandante del destructor *Escaño*, teniente de navío Luis Núñez de Castro; comandante del destructor *Almirante Miranda*, teniente de navío David Gasca Aznar; comandante del destructor *Lepanto*, teniente de navío Manuel Núñez Rodríguez; comandante del destructor *Gravina* teniente de navío José Ruiz de Ahumada; comandante del destructor *Almirante Antequera*, teniente de navío Pedro Marcos Bilbao; comandante del destructor *Almirante Valdés*, teniente de navío Juan Oyarzabal Oruete; comandante del destructor *Jorge Juan*, capitán de corbeta Luis Abarzuza Pacheco; y comandante del submarino *C-4*, capitán de corbeta Eugenio Calderón Martínez.



Figuras 42 y 43: Arriba, instalaciones principales del Arsenal Naval de Bizerta. Y, abajo, la flota republicana atracada en dicho puerto a mediados de marzo de 1939. (Archivo Rolandi)

Nombradas las “dotaciones reducidas” de los buques, se procedió a desembarcar al resto de sus dotaciones y a todo el personal militar o civil transportado en ellos, que fue organizado por los oficiales y comisarios políticos (estos últimos, con prioridad de desembarco, según las normas recibidas), así como de transmitirles las instrucciones que les habían comunicado las autoridades de acogida francesas. Y, a partir de ese momento, los últimos defensores de la República Española serían tratados, al pisar por primera vez suelo bajo control francés, con verdadera discriminación y dureza. Rápidamente se produjo la entrega y el desarme total de los buques, mientras que todos sus tripulantes y pasajeros eran sometidos a una estricta vigilancia y todo su armamento de mano requisado. Poco después, todos los exiliados republicanos eran desembarcados, fichados como verdaderos delincuentes y sometidos a un riguroso control médico.

Tras el desembarco de la mayor parte de las dotaciones y de una primera semana en la que los buques todavía se mantuvieron bajo un relativo control español, el martes 14 de marzo se pusieron “bajo vigilancia y guardia francesa”, y a los comandantes españoles solo se les permitió una “autoridad de facto” y muy limitada a asuntos de orden menor, mientras se imponían nuevas normas (esta vez mucho más estrictas que las iniciales) sobre el mantenimiento interno de los buques (medidas de cierres de puertas estancas, concentración de extintores contra incendios, limitación del alumbrado, activado de turbinas y comprobación de calderas vacías una vez por semana) y guardias de vigilancia a bordo (prohibición de que se aproximaran a los buques, y sin previa autorización de las autoridades francesas, cualquier tipo de embarcaciones menores ajenas a estos, de toda comunicación entre los buques con el exterior, utilización de determinadas señales luminosas y de alarmas, etc.).

Y de esta manera transcurrieron los últimos días de los marinos republicanos en los buques de su flota, además de preparando inventarios de todo lo que quedaba “en los pañoles y cargos de a bordo”, hasta que, en la mañana del jueves 16 de marzo, se les ordenó arriar la bandera republicana española. Como comentaría en sus memorias el teniente de navío José Ruiz de Ahumada (comandante del destructor *Gravina*), “Aquel momento en el que definitivamente se arrió la bandera nos sentimos como si hubiésemos quedado desnudos por completo. Hoy

tantos años después y con las circunstancias vividas, sigo sintiendo esa sensación amarga. No era la bandera de un sistema, era la bandera de España”.



Figuras 44 y 45: Desembarco y traslado de los marineros republicanos a sus diferentes campos de internamiento y de trabajo a mediados del mes de marzo de 1939. (Documentación gráfica procedente del libro de Victoria Fernández Díaz *El exilio de los marineros republicanos*)

EPÍLOGO: LA DIFERENTE SUERTE DE LOS MARINOS REPUBLICANOS

De los refugiados llegados a Bizerta a bordo de la flota republicana (que fueron unas 4.300 personas), la mayoría correspondía a las propias dotaciones de los buques (estimadas en el 81% del total de los desembarcados, es decir, unos 3.480 hombres), mientras que un 16% eran marineros y militares de la base naval y de la guarnición de

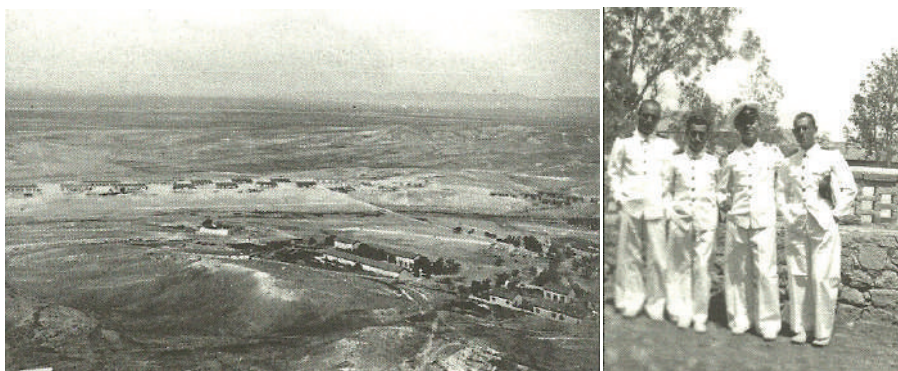
Cartagena, y tan solo un 3% civiles y familiares (entre ellos 21 mujeres y 5 niños, que fueron recluidos en un asilo de Bizerta). Algo más de la mitad de los desembarcados (concretamente 2.278 personas, entre ellos casi todo el Estado Mayor de la Flota, muchos oficiales y un gran número de maquinistas) regresarían a España pocas semanas después, cuando el contralmirante Salvador Moreno Fernández llegó a Bizerta para hacerse cargo de la denominada “Flota Recuperada”, embarcando en el vapor *Marqués de Comillas* el 4 de abril de 1939 (tres días después del final oficial de la Guerra Civil española), y con el estatuto de “sospechosos”, junto con un pequeño grupo de 79 marinos ya integrados entre la tripulación, que finalmente llegaron a Cádiz dos días después. El resto, alrededor de otras 2.000 personas (conocedores de que estaban fichados y procesados en rebeldía por las autoridades nacionales) optó por permanecer en suelo francés, entre ellos cinco comandantes de la flota.

Los marinos que decidieron regresar a España fueron sometidos a “procesos de depuración”, que, por lo general (y salvo casos muy excepcionales) fueron relativamente suaves, en comparación con la que sufrieron otros mandos del Ejército y de la Aviación, e incluso de la propia Marina, que fueron apresados tras la contienda. La mayor parte de los mandos regresados fue condenada a penas comprendidas entre 3 y 12 años y a separación del servicio, mientras que dos fueron condenados a cadena perpetua (concretamente, los alféreces de navío José Luis Barbastro Jiménez y Ricardo Noval Ruiz), cuatro fueron absueltos y separados del servicio (los capitanes de corbeta Manuel Pasquín Flores y Vicente Agulló Asensi, el teniente de navío Gerardo López de Arce y el alférez de navío Gregorio Gómez Meroño) y otros fueron absueltos y pasaron a la Escala Complementaria o de Tierra de la Marina. Finalmente, otros cuatro fueron absueltos y reincorporados al servicio activo de la Armada, mandando diferentes unidades navales durante la posguerra, e incluso uno de ellos, el alférez de navío Enrique Manera Regueira (que había sido comandante del destructor *Alsedo* y profesor de la Escuela Naval Popular en la Marina republicana) llegaría al grado de vicealmirante.

Por su parte, y entre los que voluntariamente decidieron permanecer en Túnez, se encontraban el jefe de la Flota republicana, capitán de corbeta (habilitado de almirante) Miguel Buiza Fernández-

Palacios, así como los tenientes de navío (muchos de ellos, también habilitados como capitanes de navío o de fragata) Diego Marón Jordán (jefe de Estado Mayor y comandante del crucero *Miguel de Cervantes*), Vicente Ramírez de Togorés (jefe de Estado Mayor Mixto de Cartagena), José Esteve (comandante del crucero *Méndez Núñez*), Rafael Menchaca (segundo comandante del crucero *Miguel de Cervantes*), Francisco Amenaza (segundo comandante del crucero *Libertad*), Pedro Marcos (comandante del destructor *Almirante Antequera*), David Gas (destinado en el destructor *Almirante Miranda*), Juan Oyarzábal Oruete (destinado en el destructor *Almirante Valdés*), Eugenio Calderón Martínez (comandante del submarino *C-4*) y Álvaro Calderón Martínez (destinado en el destructor *Ulloa* y hermano del anterior), y los alféreces de navío José Soto (segundo comandante del destructor *Almirante Valdés*) y Manuel Azcune (oficial de derrota del crucero *Méndez Núñez*).

El jefe de la Flota, capitán de corbeta Miguel Buiza Fernández-Palacios, ingresaría en la Legión Extranjera Francesa, donde alcanzaría el grado de comandante, y, posteriormente, en los *Corps Franc D'Afrique* (CFA), de tendencia gaullista, con los que participaría en la Campaña de Túnez durante la II Guerra Mundial, obteniendo la Cruz de Guerra con Palmas. Finalizada la guerra mundial, y en el año 1947, formaría parte de las organizaciones que trabajaban en favor de la constitución del Estado de Israel, mandando un buque mercante que transportó emigrantes judíos al Mandato Británico de Israel. Tras ser detenido por las autoridades británicas e internado en el campo de prisioneros de Haifa (Israel), se establecería en Orán (Argelia francesa) y posteriormente en Marsella, donde fallecería en junio de 1963. También permanecería en Túnez el comisario general de la Flota, Bruno Alonso, quien para sobrevivir, tuvo que dedicarse a fabricar jabón casero y venderlo por las calles, y, años después, durante su exilio mexicano, trabajar de guarda nocturno de unas obras de construcción, lavaplatos en un restaurante y empleado en un taller de joyería, hasta su fallecimiento en junio de 1963.



Figuras 46 y 47: A la izquierda, campo de trabajo de Meheri-Zebeeus (Túnez), uno de los tres en los que fueron internados la mayor parte de los marinos republicanos. Y, a la derecha, varios tenientes de navío de la Flota republicana en Túnez (Documentación gráfica procedente del libro de Victoria Fernández Díaz *El exilio de los marinos republicanos*)

La gran mayoría de los exiliados fueron varones, pues solo se tiene constancia de que salieran de Cartagena con la flota 21 mujeres y 5 niños (recluidos todos ellos en un asilo de Bizerta). Muchos optaron (cuando fueron finalmente liberados) por dirigirse a otros lugares del territorio francés, de forma que el día 9 de agosto de 1939 solo permanecían ya en Túnez unas 1.400 personas. Y, mientras permanecieron en Túnez, muchos de ellos fueron presionados para enrolarse en la Legión Francesa (como lo haría el propio capitán de corbeta Miguel Buiza, en la que llegó a alcanzar al grado de comandante) y los que no lo hicieron fueron trasladados a las regiones mineras del sur, donde fueron recluidos en campos de trabajo situados en una de las zonas más inhóspitas del sur del país (en los campamentos de Meheri-Zebbeus, Maknassy y Kasserine), en los que permanecerían bajo estricta vigilancia militar, sufriendo numerosas enfermedades e incluso fallecimientos, como consecuencia de los frecuentes cambios alimenticios y de las duras condiciones climáticas de la región, como reflejó la historiadora Victoria Fernández Díaz en su excelente libro *El exilio de los marinos republicanos*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alcófar Nassaes, José Luis: *Las fuerzas navales en la guerra civil*, Barcelona, 1971.
- Alonso, Bruno: *La flota republicana y la guerra civil de España: Memorias de un comisario general*, México, Imprenta Grafos, 1944.
- Alpert, Michael: *La guerra civil española en el mar*, Siglo XXI de España Editores, S.A., Madrid, 1987.
- Benavides, M. Domingo: *La Escuadra la mandan los cabos*, México D.F. Ediciones Roca, 1944.
- Cerezo, Ricardo: *Armada española siglo XX*, Madrid, Ediciones Poniente, 1983.
- Cervera Pery, J.: *Alzamiento y revolución en la Marina*, Madrid, Editorial San Martín, 1978.
 - *La guerra naval española (1936-1939)*, Madrid, Editorial San Martín, 1988.
 - “Don Miguel Buiza y Fernández-Palacios, el otro almirante de la flota republicana”, *Revista General de Marina*, agosto-septiembre de 2004.
 - “La Escuela Naval Popular de Cartagena, 1938-1939: un intento frustrado”, *Revista Cartagena Histórica*, Cuaderno Monográfico nº 12, Cartagena, Editorial Áglaya, junio de 2004.
- Cervera Valderrama, J.: *Memorias de guerra*, Madrid, 1968.
- Estado General de la Armada para el año 1936. Madrid, Imprenta del Ministerio de Marina, 1936.
- Fernández Díaz, Victoria: *El exilio de los marinos republicanos*, Universidad de Valencia, 2009.
- Franco Fernández, Francisco José: *Cartagena, 1931-1936. Los años de la esperanza*. Cartagena, 2005.
 - *República, Guerra y Exilio. Antonio Ros y la Generación del 27*. Cartagena, 2007.
- Gretton, P.: *El factor olvidado: la Marina británica y la guerra civil española*, Madrid, 1984.
- Grupo Unidad Editorial S.A.: *La Guerra Civil española mes a mes*, Madrid, 2005.
- Hernández Conesa, Ricardo: “El Crucero *Libertad*”. *Cartagena Histórica*. Cuaderno Monográfico nº 15, Cartagena, Editorial Áglaya, febrero de 2005.

- Ibáñez de Ibero, C.: *Historia de la Marina de Guerra española*, Madrid, 1942.
- Jackson, G.: *The Spanish Republic and de Civil War*, Princeton, 1965.
- Kuznetsov, Nicolai G.: “Con los marinos españoles en su Guerra nacional-revolucionaria”, en *Bajo la bandera de la España republicana*, Editorial Progreso, Moscú, 1967-1968.
- Martínez Leal, Manuel: *República y Guerra Civil en Cartagena (1931-1939)*, Universidad de Murcia, 1993.
- Menéndez Luengo, Ernesto: *Motín en la Flota: La Guerra Civil en el mar*, León, Edilesa, 2001.
- Moreno de Alborán y Reyna, Fernando y Salvador: *La guerra silenciosa y silenciada: Historia de la campaña naval durante la guerra de 1936-1939*, Madrid, 1998.
- Pérez Adán, Luis Miguel: *El hundimiento del Castillo de Olite. La mayor tragedia naval de la Guerra Civil española*. Editorial Áglaya, Cartagena 2004.
- “Naval operations in the Spanish Civil War”, *Naval War College Review*, 37, I, Enero-febrero de 1984.
- Rolandi Gaité, Enrique: “Archivo Documental sobre la Guerra Civil en el mar (1936-1939)”.
- Rolandi Sánchez-Solís, Manuel: “Algo más sobre los bombardeos de Cartagena y la voladura del acorazado *Jaime I*, durante la Guerra Civil de 1936-1939”. *Revista Cartagena Histórica*. N° 31, octubre-noviembre de 2009.
- Romero, Luis: *Desastre en Cartagena*, Barcelona, 1971.
- Ruíz Sierra, Manuel: *Así empezó todo. Memorias de un marino de la República*, Valladolid, A.F. Editores, 2005.
- Salas, J.: *Intervención española en la guerra de España*, Madrid, 1974.
- Sueiro, Daniel: *La flota es roja*, Barcelona, Argós-Vergara, 1983.
- Thomas, Hugh: *The spanish Civil War*, Harmondsworth, 1977.